

PLUTARCO

VIDAS PARALELAS: PERICLES – FABIO MÁXIMO

Traducción de Emilio Díaz Rolando

PERICLES

I

[1] Parece ser que César Augusto, al ver que ciertos extranjeros ricos llevaban recogidas de forma cariñosa en sus regazos crías de perros y de monos, les preguntó si las mujeres en sus países no parían niños. Censuró así de forma contundente y con autoridad a quienes malgastaban con animales nuestro instinto natural de amor y afección que se les debe a los seres humanos. [2] ¿Acaso, por tanto, no es razonable, puesto que nuestra alma por naturaleza posee un elemento dado al conocimiento y al estudio, reprobar a quienes lo malbaratan en estudios y contemplaciones indignos de atención, y descuidan aquéllos que son buenos y provechosos? Tal vez se deba contemplar, ya sea útil o inútil, todo fenómeno, desde un punto de vista sensorial, que es atrapado emocionalmente por el golpe de los acontecimientos fortuitos; [3] sin embargo, todo el mundo (si desea hacer uso de su intelecto) por naturaleza está siempre inclinado a dedicarse

personalmente y orientarse fácilmente hacia lo que cree bueno. De este modo, debe perseguir lo mejor no sólo para contemplarlo, sino también para alimentarse de su contemplación. Igual que el color, cuya brillantez al tiempo que su atractivo reavivan y nutren la vista, se ajusta al ojo, así el pensamiento tiene que aplicarse a los objetos de contemplación que lo llaman a gozar con su propio bien. Y éstos se encuentran en las obras generadas por la virtud, [4] las cuales inspiran el celo y el ánimo, que conducen a la imitación en los que las narran, porque de las otras el impulso para hacerlas no se sigue inmediatamente de admirar lo hecho. Muchas veces, al contrario, nos gozamos con la obra, pero menospreciamos al ejecutor, como sucede con los perfumes y las tinturas. Nos producen placer éstos, pero a los tintoreros y perfumistas los consideramos trabajadores serviles y vulgares. [5] Eso fue lo que ocurrió justamente con Antístenes, quien al oír que Ismenias era un virtuoso flautista, dijo: «Pero es un personaje vil; de lo contrario, no sería un flautista virtuoso». Y Filipo¹ le replicó a su hijo, que pulsaba melodiosa y diestramente la lira durante un banquete: «¿No te avergüenzas de tocar tan bien?» Basta, si se es rey, con entretenerse oyendo a otros tocar la lira y mucho respeta a las Musas cuando es espectador de otros que intervienen en tales ejecuciones.

II

¹ Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno, a quien se refiere en este texto.

[1] El trabajo personal en afanes humildes da ejemplo por sí mismo de la negligencia hacia las cosas hermosas que aparece en el esfuerzo por lo inútil. Ningún joven inteligente, cuando contempla el Zeus de Pisa desea convertirse en Fidias, o en Polícleto cuando contempla la Hera de Argos, ni en Anacreonte, Filetas o Arquíloco cuando disfruta con sus poemas. [2] No es necesario, si la obra deleita por ser bonita, que su autor sea digno de atención. Ni le resulta provechoso tal hecho a los que la contemplan, ni por ése se origina ningún interés de imitación ni impulso que mueva a una buena predisposición ni estímulo para la emulación. Ahora bien, la virtud dispone inmediatamente a la acción, de tal modo que admira las obras y, al mismo tiempo, se empeña en igualar a sus autores. [3] Nos gustan la posesión y el disfrute de los bienes producto del azar, pero de las virtudes nos gustan las acciones, y queremos que aquéllos nos vengan de parte de otros, pero de éstas preferimos que vayan a otros de parte nuestra. El bien provoca una acción por sí mismo y crea de forma inmediata un impulso activo, moldeando el carácter de quien lo contempla no hacia la imitación, sino suministrando una predisposición gracias al relato de sus obras. [4] Así pues, nos ha parecido oportuno también a nosotros dedicarnos a escribir biografías y hemos escrito este décimo libro que contiene la vida de Pericles y la de Fabio Máximo, el que combatió contra Aníbal, varones similares en varias virtudes, especialmente en su hombría de bien y su justicia, porque supieron reconducir la

falta de juicio del pueblo y de quienes gobernaban con ellos de forma que fueran muy útiles para su patria. Si cumplimos correctamente nuestra obligación, se podrá juzgar a partir de lo que escribimos.

III

[1] Pericles pertenecía a la tribu de los Acamántidas y al demo Colargo. Era de los principales en linaje y casa, y por parte de ambos padres. Jantipo, el que venció en Micale a los generales del rey persa, desposó a Agariste, nieta de Clístenes, que expulsó a los Pisistrátidas², derrocó valientemente la tiranía, promulgó leyes e instituyó un régimen político donde se combinaban perfectamente la concordia y la seguridad. [2] Agariste en sueños creyó dar a luz un león y, al cabo de unos días, parió a Pericles. Por otra parte, su aspecto corporal no presentaba tacha, pero su cabeza era alargada y desproporcionada, por ello en casi todos sus retratos está cubierto con un yelmo, dado que los artistas no querían, según parece, afearlo. Los dramaturgos áticos lo llamaban «cabeza de cebolla», porque a veces llaman «cebolla» a la cebolla albarrana. [3] Dice Cratino en *Los Quirones*: «La Sedición y el anciano Crono, tras mutua coyunda, engendraron al mayor tirano, al que los dioses llamaron Juntacabezas». También, en su *Némesis* dice: «¡Ven, Zeus hospitalario y cabezón!». [4] Teleclides

² Hipias e Hiparco, hijos del tirano Pisístrato.

dice que Pericles una vez estaba sentado en la ciudad, apurado por los acontecimientos «con la cabeza pesada y solo, provocaba desde su cabeza de once camas de altura mucho alboroto». Éupolis en *Los demos*, al preguntar sobre cada uno de los demagogos que regresaban del Hades, cuando se nombra a Pericles el último, dice: «Has traído a la cabeza de todos ellos».

IV

[1] La mayoría de los autores afirman que Damón fue su maestro de música, y dicen que se debe pronunciar la primera sílaba breve. Aristóteles dice que Pericles se ejercitó en la música junto a Pitoclides. Parece ser que Damón era un hábil sofista y que se envolvió en el nombre de músico para ocultar su pericia ante la masa. Estuvo junto a Pericles, como si fuera un atleta, en calidad de entrenador y maestro de la política. [2] No pasó inadvertido Damón en su uso de la lira como tapadera; antes bien, fue condenado al ostracismo por activista y amigo de los tiranos y proporcionó motivos a los comediógrafos. Así, Platón³, escribió que alguien le preguntaba:

³ Este Platón no es el filósofo, sino un comediógrafo, de cuyas obras sólo se han conservado fragmentos.

Dime tú, en primer lugar, te lo suplico, que, como dicen, eres el Quirón⁴ que crio a Pericles.

[3] Fue discípulo Pericles de Zenón de Elea en sus enseñanzas sobre la naturaleza, como Parménides, y perfeccionó cierta habilidad para refutar argumentos que concluía en la confusión a través de las contradicciones, como Timón de Fliunte deja dicho en estas palabras:

La gran fuerza, no débil, de Zenón, el de la doble lengua, censorador de todos.

[4] Pero quien más asistió a Pericles y lo hizo rodearse de altivez y de una firme capacidad para dirigir al pueblo, lo encumbró y elevó las aptitudes de su carácter de manera definitiva fue Anaxágoras de Clazómenas, al que los hombres de entonces llamaban «El Intelecto», ya fuera porque admiraban su enorme dominio del conocimiento sobre la naturaleza, en el que sobresalía claramente, ya fuera porque fue el primero que estableció como principio del orden cósmico no el azar o la necesidad, sino el intelecto puro, no confundido con cualquier otra mezcla, y que distinguía las «homeomerías»⁵.

⁴ Quirón, en la mitología griega, es un centauro tutor de Aquiles.

⁵ Como es bien sabido y aquí recoge Plutarco, Anaxágoras de Clazómenas (500-428 a.C.) fue el filósofo presocrático que estableció el Νοῦς [Nus], como principio [ἀρχή – arjé] de la naturaleza. Aquí he traducido el término por «Intelecto». Por el contrario, he optado por transcribir otro término propio de Anaxágoras, «homeomerías» [ὁμοιομέρειαι], que hace referencia a toda parte elemental que está integrada en un conjunto de partes iguales a ella.

V

[1] Pericles admiraba enormemente a ese hombre e, imbuido progresivamente de las llamadas meteorología y metarsiolesquia⁶, no sólo, según parece, adquirió un temperamento serio y una expresión elevada y exenta de la bufonada vulgar y chocarrera, sino también una contención en su expresión facial refractaria a la risa, un caminar sereno, un rigor en su compostura que no se alteraba ante ninguna emoción en su discurso, una entonación imperturbable en su voz y cuantas características pudieran provocar asombro en todo el mundo. [2] En una ocasión, Pericles soportó en silencio, mientras estaba en el ágora gestionando unos asuntos urgentes, que un personaje repulsivo e incontinente estuviera injuriándolo y hablando mal de él durante un día entero. Al llegar el atardecer, se encaminó a casa tranquilamente mientras aquel hombre le seguía profiriendo toda clase de insultos hacia él. [3] Cuando iba a entrar, y dado que ya dominaban las sombras, ordenó a uno de sus criados, que traía una luz, que acompañase y devolviese a aquel hombre a su casa. El poeta Ión dice que el trato de Pericles era presuntuoso y altanero, y que unía a su soberbia mucha petulancia y desprecio hacia los demás, pero Cimón alaba lo atento, afable y educado que era en su trato social. [4] Con todo, dejemos que Ión, como en una tetralogía dramática, pida

⁶ Términos que se refieren a la reflexión sobre los fenómenos celestes.

que la virtud tenga, en todo caso, cierta parte de sátira⁷. A algunos que calificaban de afectación y ansia de notoriedad el carácter solemne de Pericles, Zenón les pide que ellos también ansíen la notoriedad igualmente, de modo que la simulación misma de cosas buenas les procure, de forma inadvertida, algún deseo de imitación y un hábito.

VI

[1] Pericles no sólo sacó provecho del trato con esas enseñanzas de Anaxágoras, sino también parece que se sobrepuso a la superstición, que activa la admiración por los mundos celestes en aquellos que ignoran sus causas, están esclavizados por lo divino y turbados por su desconocimiento. El discurso racional aparta de la superstición atemorizadora y extravagante, y genera una religiosidad certera en unión de una halagüeña esperanza. [2] Se cuenta que en una ocasión le fue llevada a Pericles una cabeza de carnero con un solo cuerno, y que Lampón, el adivino, cuando vio que el cuerno crecía firme y seguro en medio de la frente, dijo que, dado que en la ciudad había dos facciones poderosas, la de Tucídides⁸ y la de Pericles, el poder recaería en aquel a quien se refiriera la señal. Anaxágoras, tras cortar en dos el cráneo, mostró que el cerebro no había llenado

⁷ Referencia a la costumbre de combinar tres tragedias con un drama satírico en el curso de las representaciones teatrales.

⁸ No se trata del historiador, sino de un oponente político a Pericles del mismo nombre. El historiador era hijo de Oloro, y éste era hijo de Melesias, como consta más adelante, en VIII 3.

el espacio, sino que se había alargado por el cráneo como un huevo cuya punta caía en el lugar donde la raíz del cuerno tenía su origen. [3] Y se dice que los presentes quedaron asombrados con Anaxágoras y poco después con Lampón, puesto que Tucídides fue derrotado y todos los asuntos relacionados con el pueblo cayeron por igual bajo el poder de Pericles. Nada impedía, a mi juicio, que tanto el filósofo de la naturaleza como el adivino tuvieran éxito, ya que el uno percibió la causa y el otro, el final de forma acertada. Aquél advirtió por qué motivo y cómo había sucedido y éste predijo para qué había sucedido y lo que significaba. [4] Los que dicen que el descubrimiento de la causa es la destrucción de la señal no entienden que anulan junto con la intervención divina también el artificio del signo, como el sonido de los platillos, la luz de las antorchas y la proyección de las sombras de los relojes de sol, cada uno de los cuales ha sido creado como signo de algo con la causa y la factura.

VII

[1] Cuando Pericles era un joven se mostraba extremadamente cauto con el pueblo, porque había la creencia de que era parecido al tirano Pisístrato en su aspecto. Su voz era agradable; su lengua, elocuente e ingeniosa en el discurso, y los ancianos se quedaban muy sorprendidos con su parecido. Además, era rico, su linaje era destacado y tenía amigos muy poderosos. Su temor al ostracismo le

hacía no actuar en política, pero en la milicia era hombre valiente y arrojado. [2] Cuando Arístides hubo muerto, Temístocles mandado al exilio y las campañas militares retenían la mayor parte del tiempo a Cimón fuera de Grecia, en ese momento preciso, Pericles fue y se dedicó al pueblo, tomando partido por las clases populares y por los pobres en lugar de los ricos y la oligarquía, y en contradicción con su propia naturaleza, que era escasamente popular. [3] Parece ser que, por evitar incurrir en la sospecha de tiranía y viendo que Cimón era partidario de los aristócratas y que era extraordinariamente querido por los miembros de la nobleza, fue seduciendo al pueblo para procurar su propia seguridad y poder frente a Cimón. [4] Pronto, también, se impuso un estilo diferente en su modo de vivir. Se le veía caminar en la ciudad sólo por una ruta, la del ágora y la de la sede del Consejo, y rechazaba las invitaciones a banquetes y toda costumbre relacionada con los placeres de la amistad, de modo que en el largo período de tiempo en que se dedicó a la política, nunca fue a ningún banquete en casa de un amigo, excepto durante la boda de su primo Euriptólemo donde estuvo presente hasta el momento de las libaciones⁹. Luego, se levantó y se fue inmediatamente. [5] El disfrute con los amigos sabe cómo vencer cualquier tipo de circunspección, y con el trato habitual difícilmente se conserva el respeto de la opinión pública. Las apariencias, fundamentalmente, de una verdadera virtud son, con toda evidencia, las más adecuadas, y para la gente nada es más

⁹ Momento de las ofrendas a los dioses, a partir del cual comenzaba el banquete sirviéndose el vino.

admirable en los hombres virtuosos que su vida diaria con aquellos con quienes la comparte. Pericles, evitando el trato con el pueblo y su exceso, se le acercaba a intervalos, sin hablarle por cualquier motivo y sin presentarse continuamente ante la masa, sino que aparecía lo estrictamente necesario, como la trirreme Salaminia¹⁰, según dice Critolao. El resto lo trataba dejándoselo a los amigos y a otros oradores. [6] Se dice que uno de éstos era Efiáltes, que acabó con el poder del consejo del Areópago, escanciando sobre los ciudadanos, como dice Platón¹¹, una abundante y desmedida libertad, bajo la cual dicen los comediógrafos que se desbocó el pueblo, como un caballo, y que «osaba no obedecer ya, sino morder Eubea y saltar sobre las islas».

VIII

[1] Afinando una elocuencia, como si fuera un instrumento musical, que se ajustaba a su forma de vida y a la magnitud de su inteligencia, intercalaba por doquier a Anaxágoras, como si vertiera en su oratoria la ciencia natural cual una tintura. Como dice el divino Platón: «adquiriendo junto a su apostura esa elevación intelectual y su completa efectividad» gracias a la ciencia de la naturaleza. Aplicando esos recursos al arte de la retórica, destacó con mucho

¹⁰ Atenas tenía cinco trirremes «sagradas», que eran las encargadas de llevar los mensajes de la Asamblea. Sus nombres era Paralo, Antigónide, Ptolemaida, Amoníada y Salaminia.

¹¹ *Rep.* VIII 562c.

sobre todos. [2] Por ello dicen que se ganó su apodo, si bien unos creen que se le llamaba «Olímpico» por las construcciones con las que adornó la ciudad y otros por su poder político y militar, y no resulta carente de razón que la fama del hombre fuera el resultado de la concurrencia de muchas cualidades. [3] Las comedias de los autores de entonces muestran, con los muchos y jocosos versos dejados afanosamente para él, que el apodo se generó sobre todo por su oratoria. Dicen que él «trueno y relampaguea», cuando se dirige al pueblo, y que «lleva un temible rayo en su lengua».¹² También se recuerda un discurso de Tucídides, el hijo de Melesias, pronunciado entre bromas sobre la habilidad de Pericles. [4] Fue Tucídides un hombre honrado y noble y se opuso durante muchísimo tiempo a Pericles. Arquídamo, rey de los lacedemonios, preguntado sobre si él o Pericles era el mejor luchador, dijo: «cuando lo derribo en el combate, él me contradice y replica que no ha caído. Así vence y persuade a los espectadores». No sólo eso, sino que también era tan atinado Pericles en la oratoria, que siempre, cuando subía a la tribuna, rogaba a los dioses que ni una sola palabra saliera involuntariamente de su boca que no se ajustara al asunto propuesto. [5] No dejó nada escrito, salvo sus decretos, y se recuerdan muy escasas palabras suyas, como cuando exhortó a segregar Egina de El Pireo cual una legaña; o cuando dijo que veía la guerra acercándose desde el Peloponeso. En otra ocasión, siendo estratego con Sófocles, mientras navegaban juntos, éste alabó a un hermoso

¹² Rayos, truenos y relámpagos son expresiones de la cólera de Zeus, rey y señor del Olimpo.

muchacho. «Un estratega no sólo» replicó Pericles «debe tener las manos puras, sino también los ojos». [6] Estesímbroto dice que durante un encomio a los muertos en Samos afirmó desde la tribuna que se habían vuelto inmortales como los dioses, porque a éstos no los vemos, pero por la dignidad que tienen y los bienes que nos proporcionan, conjeturamos que son inmortales; pues bien, esto mismo sucede con aquellos que mueren por la patria.

IX

[1] Tucídides señala que la política de Pericles era en cierto modo aristocrática, «ya que era de palabra una democracia, pero de hecho era el gobierno de un solo hombre». ¹³ Otros muchos dicen que por primera vez bajo su mando al pueblo se le suministraron lotes de tierra en las colonias, subsidios para asistencia a espectáculos y dietas para los cargos públicos, de tal modo que con aquellas medidas políticas se acostumbró mal y se volvió caprichoso e insaciable en lugar de juicioso y trabajador. Veamos a través de los mismos hechos la causa del cambio. En principio, [2] como quedó dicho, alineándose en contra de la fama de Cimón, se ganó al pueblo, pero dado que era inferior a éste en riqueza y recursos, medios con los que conquistaba a los pobres suministrando diariamente comida a aquel ateniense que lo necesitara, vistiendo a los ancianos, quitando las cercas

¹³ Aquí se trata del historiador. La cita está tomada de su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II 65.9.

de los campos para que pudieran recoger sus frutos quienes lo quisieran, Pericles, superado por tales mañas demagógicas, recurrió a la distribución de dinero público por consejo de Damónides, del demo de Oa, según tiene dicho Aristóteles. [3] Rápidamente, compró a la masa con subsidios para asistir a los espectáculos, dietas para ser jurados y otros pagos y subvenciones, y usó esos medios contra el Consejo del Areópago, del que no era miembro porque no le habían correspondido en el sorteo ni el cargo arconte epónimo, ni el de arconte tesmoteta, ni el de arconte rey, ni el de arconte polemarco.¹⁴ Estos cargos eran adjudicados desde antiguo por sorteo y mediante éste los admitidos accedían al Areópago. [4] Con esto, adquirió más fuerza Pericles entre el pueblo y se sobrepuso al Areópago. Éste había sido privado ya por Efiálfes de la mayoría de sus competencias. Cimón, por su parte, fue condenado al ostracismo con las acusaciones de laconismo¹⁵ y de odiar al pueblo, un hombre que para nada carecía de riqueza y noble linaje, que había vencido en las más brillantes victorias a los bárbaros y que había llenado la ciudad de abundantes riquezas y botín, como he dejado escrito en su biografía. Tan grande era el poder de Pericles con el pueblo.

¹⁴ El Consejo del Areópago era el órgano de gobierno del régimen aristocrático ateniense. Se llamaba así por el lugar donde se reunía: la Colina de Ares. Los integraban nueve miembros. El principal era el arconte epónimo, que daba nombre al año en que ejercía el poder. El arconte rey era encargado de los ritos religiosos y el polemarca era el jefe del ejército. Finalmente, había seis tesmotetas, que actuaban de apoyo a los mencionados. En época de Pericles había perdido buena parte de sus antiguas competencias y estaba especializado en juzgar delitos de sangre.

¹⁵ «Laconismo» era la acusación de ser amigo de los espartanos.

X

[1] El ostracismo tenía decretado por ley el exilio durante diez años. En el transcurso de ese tiempo, los lacedemonios invadieron la región de Tanagra con un gran ejército y los atenienses inmediatamente salieron contra ellos. Cimón, regresando de su exilio, situó sus armas junto con los hombres de su tribu en la línea de batalla con el deseo de borrar la acusación de laconismo mediante sus obras y arriesgándose al lado de sus conciudadanos; pero los amigos de Pericles se agruparon y lo expulsaron por ser un exiliado. [2] Debido a ese motivo, parece ser que Pericles luchó muy arrojadamente en aquella batalla y se convirtió en el combatiente más ilustre porque no huía de la muerte. Todos los amigos de Cimón cayeron hasta el último hombre, a quienes Pericles había acusado también de laconismo. Los atenienses sintieron un profundo arrepentimiento y añoraron a Cimón, al ser derrotados en los bordes del Ática y por la expectativa de una guerra sangrienta a la llegada de la primavera. [3] Pericles, entonces, se dio cuenta y no dudó en agradar al pueblo. Él mismo escribió el decreto por el que llamaba al hombre y aquél, con su regreso, trajo la paz entre las dos ciudades, porque los lacedemonios le eran favorables, del mismo modo que odiaban a Pericles y al resto de los jefes de la facción popular. [4] Algunos dicen que Pericles no decretó el retorno de Cimón hasta que no se suscribió un acuerdo secreto entre

ellos a través de Elpinice, la hermana de Cimón, de modo que Cimón debía zarpar al mando de doscientas naves y debía comandar las campañas en el extranjero para asolar la tierra del rey persa, con idea de que Pericles se hiciera con el poder en la ciudad. [5] Parece, también, que antes Elpinice había ablandado el ánimo de Pericles respecto a Cimón durante su defensa ante la pena capital. Uno de los acusadores propuestos por el pueblo era Pericles. Elpinice llegó ante él entre súplicas y él, sonriendo, le dijo: «Elpinice, eres una mujer anciana, una mujer anciana, como para hacer tamañas tareas». Sin embargo, sólo se levantó para hablar una vez, hizo una propuesta para salir del paso y se retiró tras perjudicar mínimamente a Cimón entre los acusadores. [6] ¿Cómo, por tanto, podríamos creer a Idomeneo cuando acusa a Pericles de haber asesinado a Efialtes, jefe de la facción popular, del que era amigo y compañero de partido político, a causa de los celos y la envidia que sentía por su fama? Ignoro de dónde sacó tales acusaciones y las arrojó contra ese hombre como si fuera hiel, alguien que no era completamente irreprochable tal vez, pero que tenía una naturaleza noble y un alma generosa, en las que no reside ninguna emoción tan cruel o salvaje. [7] A Efialtes, que fue temido por el partido oligárquico y que era inexorable respecto a las responsabilidades y las denuncias de quienes cometían injusticias con el pueblo, lo mataron a escondidas sus enemigos en una

conspiración a manos de Aristódico de Tanagra, como tiene dicho Aristóteles.¹⁶

En cuanto a Cimón, murió en Chipre mientras ejercía el mando de general.

XI

[1] Los aristócratas veían desde hacía tiempo que Pericles se había convertido ya en el más poderoso de los ciudadanos. Queriendo, no obstante, que un miembro de su partido fuera el que se le opusiera en la ciudad y que debilitara su poderío para que no se convirtiera en una monarquía íntegra, le contrapusieron a Tucídides, del demo de Alopece, hombre prudente y pariente de Cimón, para que se le enfrentara. Era éste inferior a Cimón en la guerra, [2] pero superior en la oratoria y en la política. Mirando por la ciudad y enzarzándose con Pericles en la tribuna, rápidamente consiguió reestablecer el equilibrio en el gobierno. No dejó que los hombres llamados buenos y nobles se mezclaran con el pueblo, como antes, porque rebajaban su dignidad ante la masa, y poniéndolos aparte y concentrando en un solo partido todo su poder, que había llegado a ser grande, creó una especie de equilibrio como un yugo. [3] Desde el principio hubo una doble hendidura, como en el hierro, que sugería la diferencia entre las facciones democrática y aristocrática. Las rencillas y ambiciones de aquellos hombres dividieron la ciudad profundamente y creó la denominación de los unos como

¹⁶ *Constitución de los atenienses*, XXV 4.

«el pueblo» y de los otros como «los oligarcas». [4] Por eso, fundamentalmente, Pericles entonces le soltó las riendas al pueblo y gobernó pensando en su favor. Siempre maquinaba para que hubiera algún espectáculo, algún banquete o procesión por las calles, «divirtiendo con toscos placeres»¹⁷ a la ciudad. Anualmente, hacía zarpar sesenta trirremes en las que navegaban muchos ciudadanos con los gastos pagados durante ocho meses para que aprendieran y practicasen la disciplina náutica. [5] Además de esto, despachó al Quersoneso miles de colonos; quinientos, a Naxos; la mitad de esta cantidad, a Andros; miles a Tracia para que convivieran con los bisaltas; otros, a Italia, donde estuvo situada Síbaris¹⁸, a una colonia que llamaron Turios. Estas cosas las hacía para aliviar a la ciudad de una chusma holgazana y entrometida a causa del ocio, y para subsanar la pobreza del pueblo. También lo hacía para atemorizar y vigilar a los aliados a fin de que no se revolvieran.

XII

[1] Pero lo que aportó muchísima complacencia y ornato a Atenas, y el mayor asombro a los hombres, y lo único que a Grecia le da testimonio de que aquel llamado poderío suyo y la vieja prosperidad no eran mentira, es la construcción

¹⁷ En griego es un verso procedente de un autor desconocido.

¹⁸ Síbaris había sido destruida en el año 510 a.C. en el curso de una guerra con la vecina Crotona.

de monumentos. Este hecho fue objeto de crítica por parte de sus enemigos, mucho más que las medidas políticas de Pericles, y fue objeto de calumnias en las convocatorias de la asamblea. Gritaban que el pueblo ateniense había perdido su honor y adquirido mala fama por haber transferido el tesoro común de los griegos desde Delos hacia su propio tesoro¹⁹. [2] La más ajustada excusa de Pericles frente a los que lo acusaban fue que por temor a los bárbaros se llevó de allí el tesoro común para guardarlo en un lugar fuertemente protegido. Ese pretexto adujo. Parece ser que Grecia fue insultada con este terrible insulto y que sufrió una tiranía de forma evidente, al ver que con sus contribuciones forzosas para la guerra nosotros enriquecíamos la ciudad y la embellecíamos, como una mujer presumida que luce piedras preciosas, con estatuas y templos que costaban miles de talentos²⁰. [3] Pericles enseñaba al pueblo que el tesoro no les servía a los aliados puesto que los atenienses combatían por ellos y mantenían alejados a los bárbaros sin que ellos pagasen como tributo ni un caballo, una nave o un hoplita, sino sólo dinero, recursos que no son de quienes los dan, sino de quienes los reciben, si los suministran como pago por lo que reciben. [4] Una vez equipada suficientemente la ciudad de lo necesario para la guerra, se debía atender para su prosperidad a aquello que generase fama imperecedera, y cuando se haya

¹⁹ En el año 454 a.C. por orden de Pericles, se trasladó a Atenas el tesoro de la Liga de Delos, constituida por muchas de las ciudades griegas tras las Guerras Médicas como alianza defensiva contra los persas. La excusa era que estaría más seguro en la Acrópolis que en la isla de Delos. Este dinero sirvió a Pericles para financiar su programa de grandes construcciones monumentales.

²⁰ El talento ateniense del siglo V a.C. equivalía a unos 26 kg. de plata.

logrado, la prosperidad estará al alcance. Aparecieron toda clase de actividades y múltiples necesidades que despertaron todas las artes y movieron todas las manos, y convirtieron a casi toda la ciudad en asalariada, embellecida y alimentada al tiempo por sí misma. [5] A quienes tenían la juventud y la fuerza, las campañas militares les proporcionaban prosperidad con fondos públicos. Deseando que la masa indisciplinada y obrera no careciera de su parte en los subsidios ni que los ganara sin trabajar y ociosa, Pericles planeó grandes intervenciones en la construcción y proyectos en muchos campos que procuraban una ocupación, y los presentó al pueblo a fin de que quien se quedaba en casa tuviera excusa para beneficiarse y participar del dinero público, y en ningún caso de forma menos provechosa que quienes estaban en la mar, de guarnición o en el ejército. [6] Cuando los materiales eran la piedra, el bronce, el marfil, el ébano, el ciprés, las artes que las trabajaban y elaboraban estaban en manos de carpinteros, escultores, bronceístas, pedreros, tintoreros, artesanos del oro y del marfil, pintores, bordadores, tallistas. Por otra parte, había suministradores, transportistas, comerciantes, y marineros y pilotos en la mar. [7] En tierra, había constructores de carros, boyeros, cocheros, cordeleros, lineros, curtidores, peones camineros, metalúrgicos. Cada arte tenía organizada, como un general su propio ejército, una masa particular de menestrales, que se había convertido en un instrumento y un cuerpo de servidores. Las ocupaciones, por así decir, distribuían y repartían prosperidad a gentes de toda edad y condición.

XIII

[1] Las obras progresaban, soberbias en magnitud e inimitables en belleza y gracia. Los artesanos rivalizaban para que sus creaciones se superaran en maestría y su presteza era, sobre todo, admirable. Creían que cada una de sus obras apenas llegaría a su conclusión después de muchas generaciones y en el transcurso de muchas vidas, pero todas esas creaciones acabaron terminadas en el tiempo del apogeo de un solo régimen político. [2] Dicen que en una ocasión Zeuxis, tras oír a Agatarco, el pintor, ufanándose de la rapidez y facilidad con que ejecutaba sus figuras, le dijo: «Pues a mí me toma mucho tiempo». La maestría y la rapidez en la creación artística no otorga a la obra una entidad propia ni la concreción de su belleza. El tiempo prestado al esfuerzo para la creación corresponde al poder de conservación de lo creado. [3] Por ello también más asombran las obras de Pericles, por su larga permanencia, aunque fueran creadas en poco tiempo. Cada una de ellas era en aquel tiempo ya antigua por su belleza, pero por lozanía son hasta ahora recientes y nuevas. Así mantiene fresca siempre cierta novedad que conserva un aspecto incorruptible a través del tiempo, como si las obras tuviesen mezclados un espíritu siempre vigoroso y un alma que no envejece. [4] Fidias todo lo seleccionaba y todo lo supervisaba para Pericles, aunque las obras tenían grandes técnicos y artesanos. El Partenón, con

sus cien pies de longitud²¹, lo proyectaron Calícrates e Ictino; el telesterio²² de Eleusis comenzó a edificarlo Corebo. Colocó las columnas en el suelo y las unió con los arquivoltas, y a su muerte, Metágenes, del demo de Jipeto, situó el friso y las columnas superiores. [5] La linterna sobre el santuario la culminó Jenocles, del demo de Colargo. El muro largo²³, sobre el que dice Sócrates mismo que oyó a Pericles exponer sus ideas, fue obra de Calícrates. El comediógrafo Cratino bromea sobre esto diciendo que avanzaba lentamente:

Desde antiguo lo hace progresar con sus palabras Pericles, pero, de hecho, ni siquiera lo mueve.

El Odeón, cuya disposición interna presenta muchos asientos y columnas, y cuyo techado muestra un círculo en pendiente hacia abajo desde un punto central, se dice que es una imitación del pabellón del rey persa, y lo supervisó también Pericles. [6] Por eso, Cratino en su obra *Las tracias* vuelve a burlarse de él:

Este Zeus de cabeza puntiaguda se acerca con el Odeón sobre su cráneo, ya que el ostracismo ha pasado de largo.

²¹ El Partenón mide 70 metros de largo por 30 de ancho.

²² El templo de Eleusis, lugar donde tenían lugar las ceremonias de iniciación de los ritos místicos eleusinos.

²³ Muralla que protegía el camino desde Atenas a El Pireo, que medía 40 estadios, unos 7835 metros.

Dada su ansia de honores, Pericles decretó por primera vez un certamen musical para las Panateneas y él mismo, elegido promotor, dispuso cómo debían los concursantes tocar la flauta y la cítara, y cantar. Desde ese momento y en adelante, se celebraron en el Odeón los certámenes musicales. [7] Los Propíleos de la Acrópolis fueron terminados en cinco años con el arquitecto Mnesicles al mando. Un hecho afortunado y milagroso ocurrió durante la construcción que reveló que la diosa no se mostraba ajena a la obra, sino involucrada en ella y colaboradora en su culminación. [8] El más activo y comprometido de los artífices, perdió pie y cayó desde las alturas para quedar en un pésimo estado y desahuciado por los médicos. En medio del desánimo de Pericles, la diosa se le apareció en sueños y le prescribió el tratamiento mediante el que Pericles curó rápida y fácilmente al hombre. Por ello, precisamente, erigió la estatua de bronce de Atenea Higiea²⁴ en la Acrópolis, junto al altar que estaba allí antes, según se cuenta. [9] Fidias construyó la estatua dorada de la diosa y está inscrito su nombre como creador en la base. Como hemos dicho, casi todo dependía de él y supervisaba a todos los artesanos gracias a su amistad con Pericles. Esto provocó en unos la envidia y en otros la calumnia de que Fidias admitía que mujeres libres tuvieran encuentros con Pericles en las obras. [10] Los comediógrafos se quedaron con esta historia y divulgaron muchas obscenidades sobre él, difamando a la esposa de Menipo, amigo y subordinado de Pericles en el

²⁴ Atenea Salútífera.

generalato, y la afición a la cría de aves de Pirilampes, que era compañero de Pericles, con la acusación de que sobornaba con pavos reales a las mujeres a las que Pericles se acercaba. [11] ¿Por qué alguien se asombraría de que hombres de vidas cercanas a la de los Sátiros ofrecieran continuamente en sacrificio a la envidia, como a una divinidad malvada, sus blasfemias dirigidas contra personas mejores que ellos, cuando Estesímbroto de Tasos osó hacer público un terrible y ficticio acto impío contra Pericles relacionado con la mujer de su propio hijo? [12] De este modo, parece que la verdad es muy complicada y difícil de encontrar para la historia, cuando quienes vienen detrás tienen el tiempo como encubridor del conocimiento de los hechos; pero es que la historia de los hechos y las vidas contemporáneas, ya sea por las envidias y los odios, ya sea por la gratitud y la adulación, ultraja y distorsiona la verdad.

XIV

[1] Los oradores del bando de Tucídides arremetían contra Pericles diciendo que dilapidaba el dinero y liquidaba los ingresos. Éste preguntó en la Asamblea al pueblo si parecía que gastaba mucho y los ciudadanos replicaron que muchísimo. «Entonces,» dijo «que se gaste a mi cuenta, no a la vuestra. Y a mi nombre estarán también las inscripciones de las dedicatorias». [2] Una vez hubo dicho esto Pericles, ya fuera por admiración hacia su liberalidad, ya fuera por rivalizar en la

gloria por la realización de las obras, prorrumpieron en gritos animando a gastar del tesoro público y a subvencionar sin reparar en ningún dispendio. Finalmente, llevado a un debate con Tucídides sobre el ostracismo y situado al borde del peligro, consiguió desterrarlo y disolver la facción que se le oponía.

XV

[1] Así pues, cuando se hubieron eliminado las rencillas y la ciudad quedó como igualada y totalmente unida, hizo que Atenas y los asuntos que dependían de los atenienses giraran en torno a sí mismo: los tributos, el ejército, las trirremes, las islas, el mar, el vasto poder alcanzado entre los griegos y el vasto poder también entre los bárbaros, la hegemonía fortalecida sobre los pueblos sometidos, la amistad de los reyes y las alianzas con los gobernantes extranjeros. [2] Entonces, ya no fue el mismo, ni igualmente dócil al pueblo ni presto a ceder y dejarse llevar por los deseos de la masa, como si fueran soplos del viento, sino que desde aquel alegre y en ocasiones relajado liderazgo, como una delicada y blanda armonía, forzó la creación de un régimen político aristocrático y propio de un rey, usándolo de forma rígida e inflexible con los mejores objetivos. [3] En la mayoría de las ocasiones, dirigía a un pueblo entregado mediante la persuasión y la instrucción; pero hubo momentos en que lo sometía, cuando el pueblo se enfadaba en exceso, soltando las riendas y llevándolo hacia lo conveniente.

Imitaba espontáneamente a un médico que, ante una enfermedad complicada y prolongada, en unos momentos aplicaba lenitivos inocuos y en otros, remedios y curas dolorosas, pero salutíferas. [4] Como parece natural, al ser tan diversas las pasiones que nacían en una masa que poseía un poder tan grande, Pericles fue el único dotado por la naturaleza para gestionar adecuadamente cada asunto, sobre todo manejando la esperanza y el temor, como si fuera el timón²⁵, conteniendo su impulsividad, y aliviando y consolando su desánimo. Demostró que la retórica, como dice Platón,²⁶ era un modo de conducir las almas y que su más importante tarea era la investigación sobre los caracteres y las pasiones, como entonaciones y notas del alma que precisan de un toque y un punteo afinados. [5] La causa fue no el poder en sí mismo, sino, como Tucídides dice,²⁷ la fama y la confianza existente en el modo de vida de Pericles. Había llegado a tener, manifiestamente, reputación de insobornable y de ser más fuerte que el dinero. También, él hizo que la ciudad pasase de ser importante, a ser la más importante y la más rica, y se convirtió en un gobernante superior en poder a muchos reyes y tiranos, algunos de los cuales dispusieron que Pericles fuera el mentor de sus hijos. Y no incrementó su fortuna ni en una dracma respecto a la que le legó su padre.

XVI

²⁵ Téngase en cuenta que el timón en la Antigüedad lo conformaban dos grandes palas situadas a popa del navío.

²⁶ *Fedro*, 271c.

²⁷ *Historia*, II 65.8

[1] Aunque Tucídides da cuenta clara de su poder, los comediógrafos lo muestran de forma maliciosa. Llamaban «nuevos Pisistrátidas» a los camaradas que lo rodeaban, lo exhortaban a que jurase que no incurriría en la tiranía, porque creían que la preeminencia que tenía en la democracia era inconmensurable y bastante opresiva. [2] Teleclides dice que los atenienses le habían entregado:

los tributos de la ciudad y de las mismas ciudades. A las unas ataba y a las otras las desataba. De los muros de piedra, unos los construía, otros los derribaba luego a su vez, y los pactos, el poder, la fuerza, la paz, la riqueza y la prosperidad.

Y esto no fue un momento de apogeo y de gloria durante un régimen que durase el lapso de una estación del año, sino que a lo largo de cuarenta años mantuvo el liderazgo entre hombres como Efiálfes, Leócrates, Mirónides, Cimón, Tólmides y Tucídides. [3] Tras la eliminación y destierro de Tucídides, a lo largo de no menos de quince años ocupó el poder y el gobierno con el cargo anual de estratega, que era personal y que no se podía compartir. Se cuidó por sí mismo de no caer víctima del soborno, aunque no desatendiera en absoluto las cuestiones crematísticas. El patrimonio paterno y legal, ni lo soslayaba como si no le preocupara, ni le ocasionaba demasiados problemas, ni pérdida de tiempo cuando estaba atareado. Organizó su economía del modo que consideró más fácil

y adecuado. [4] Vendía sus productos agrícolas anuales todos de una vez y luego, comprando cada cosa que necesitaba en el ágora, se procuraba los recursos para su vida diaria. Por ello, no fue apreciado por sus hijos adultos ni fue un proveedor generoso con sus mujeres, sino que era objeto de reproches por sus gastos distribuidos a diario y reducidos a lo más justo. No se producían excesos, como ocurre en una casa grande y con medios abundantes, sino que cada gasto, cada adquisición se sometía a cuentas y controles. [5] Uno de sus esclavos, Evángelo, ya sea porque estaba bien dotado como ningún otro o porque había sido adiestrado por Pericles en economía, era quien mantenía en su totalidad semejante rigor. Esta actitud no concordaba con la de Anaxágoras, si es que es verdad que abandonó su casa y dejó su tierra sin labrar y pasto del ganado por su entrega y su mente privilegiada. [6] A mi juicio, no es lo mismo una vida contemplativa de filósofo que la de un político. El uno genera reflexiones sin necesidad de instrumentos y sin necesidad de objetos exteriores orientados al goce de bienes; al otro, que mezcla la virtud con las necesidades humanas, algunas veces le podría suceder que obtuviera su riqueza no sólo de las cosas necesarias, sino también de las buenas, como le ocurría a Pericles, que ayudaba a muchos de los pobres. [7] Se dice que, mientras Pericles se hallaba ocupado, el propio Anaxágoras, desatendido y ya viejo, se tapó con su manto para dejarse morir. Al llegarle a Pericles la noticia, afectado, corrió al punto junto al hombre y le hizo toda clase de súplicas, lamentándose no por Anaxágoras, sino por él

mismo, en el caso de que desapareciera semejante consejero del Estado. Se dice que el filósofo, descubriéndose, le replicó: «Pericles, también los que necesitan una lámpara, vierten en ella aceite».

XVII

[1] Cuando los lacedemonios comenzaron a estar irritados por el auge de los atenienses, Pericles excitó al pueblo para que fuera aún más soberbio y le entregase la gestión de los asuntos trascendentales, y promulgó un decreto donde apelaba a todos los griegos, cualquiera que fuese su lugar de asentamiento, en Europa o en Asia, ya fuera una ciudad grande o pequeña, para que enviasen a Atenas a representantes que deliberasen sobre los santuarios griegos que habían incendiado los bárbaros y sobre los sacrificios que se debían ofrecer por Grecia, en respuesta a las promesas que se hicieron a los dioses cuando se luchaba contra los bárbaros, y acerca del mar, para todos pudieran navegar libremente y vivir en paz. [2] Con este fin, fueron enviados veinte hombres mayores de cincuenta años, de los que cinco invitaron a los jonios y los dorios de Asia, y a los habitantes de las islas, incluidas Lesbos y Rodas; otros cinco acudieron al Helesponto y a Tracia, hasta la región de Bizancio, y otros cinco de aquéllos fueron despachados a Beocia, Fócide y el Peloponeso y desde ahí, a través del país de los locrios, al territorio vecino, incluidas Acarnania y Ambracia. [3] Los restantes marcharon a

través de Eubea hacia los eteos, el golfo Malieo, los aqueos de Ftiótide y los tesalios para convencerlos de que fueran y participaran en las deliberaciones sobre la paz y el bienestar de Grecia. Pero nada se consiguió, ni acudieron las ciudades, porque los lacedemonios se opusieron secretamente, según se cuenta, cuando se sometió a prueba por primera vez el intento en el Peloponeso. He adjuntado este hecho para mostrar su forma de pensar y la grandeza de sus intenciones.

XVIII

[1] En los asuntos militares, era famoso Pericles por su cautela. Ni se aferraba animoso a la batalla que presentara demasiada incertidumbre y riesgos, ni emulaba e imitaba, por compararse, a los que disponían de una suerte notable y eran admirados por su grandeza. Siempre decía a los ciudadanos que seguirían estando ajenos a la muerte durante todo el tiempo que de él dependiera. [2] Cuando vio que Tólmides, el hijo de Tolmeo, invadía Beocia en un momento inoportuno, llevado por sus anteriores éxitos y porque era objeto de una extremada buena consideración en los asuntos relacionados con la guerra, y cuando vio que había convencido a los más valientes y más ambiciosos de los ciudadanos que estaban en edad militar de que interviniesen en la campaña voluntariamente (su número llegó a alcanzar el millar sin contar el resto de las

fuerzas), Pericles intentó retenerlo y le pidió en la Asamblea, aduciendo el dicho, que si no se dejaba persuadir por Pericles, al menos no erraría si esperaba al más sabio consejero, el tiempo. [3] Al decir esto, se probó su moderación. A los pocos días, cuando se anunció que el mismo Tólmides había muerto tras ser derrotado en la batalla de Coronea y que había muerto mucha de la flor y nata de la ciudadanía, Pericles se ganó una gran fama y simpatía porque se le consideró un hombre prudente y amigo de los ciudadanos.

XIX

[1] De sus campañas como general, fue apreciado, especialmente, por la del Quersoneso, dado que acabó por salvar a los griegos allí asentados. No sólo envió mil atenienses como colonos y reforzó con un gran número de buenos hombres esas ciudades, sino que también, cercando el istmo con fortalezas y defensas de mar a mar, impidió con esa muralla las incursiones de los tracios que se agolpaban por la región del Quersoneso. [2] Terminó, también, con una guerra costosa e interminable en la que se había visto envuelta durante mucho tiempo la región, que estaba en contacto con vecinos bárbaros y rodeada de fronteras con poblaciones dedicadas a la piratería. Asimismo, fue admirado y renombrado por el extranjero, al haber circunnavegado el Peloponeso tras zarpar desde Pegas de Megáride con cien trirremes. [3] No sólo saqueó la mayor parte de la costa, como

había hecho anteriormente Tólmides, sino que también, internándose en tierra lejos del mar con los hoplitas que iban en los barcos, obligó a encerrarse dentro de las murallas a las demás poblaciones por el temor que tenían a sus incursiones. En Nemea, infligió una completa derrota a los sicionios, que habían preparado una emboscada y le habían presentado batalla, y erigió un trofeo. [4] Desde Acaya, que era aliada, tras haber reclutado soldados para las trirremes, se trasladó a la costa de enfrente con la flota y navegando hasta el Aqueloo, saqueó Acarnania y encerró a los eniadas dentro de sus murallas. Después de devastar y asolar el país, regresó a casa, habiéndose convertido en temible para los enemigos y en enérgico y firme para los ciudadanos de Atenas, porque ninguna adversidad les sobrevino, ni siquiera por efecto del azar, a los que participaron en la expedición.

XX

[1] Navegó hacia el Ponto con una gran flota fuertemente armada. Llevó a cabo para las ciudades griegas aquello que le pidieron y se comportó generosamente. A los pueblos bárbaros que las rodeaban, a sus reyes y gobernantes les mostró la magnitud de su poder y la libertad y seguridad que tenían para navegar por donde quisieran y para poner todo el mar bajo su dominio. Por otra parte, dejó trece naves con los habitantes de Sinope bajo el mando de Lámaco y algunos

soldados contra el tirano Timesileo. [2] Una vez expulsado éste y sus partidarios, mediante decreto decidió que navegasen hacia Sinope seiscientos voluntarios atenienses y que fueran a asentarse con los sinopenses, y se les repartieron las casas y tierras que habían sido propiedad anteriormente de los tiranos. Sin embargo, no cedió a los impulsos de los ciudadanos ni estuvo de acuerdo con ellos, exaltados por tamaños poderío y fortuna, en apoderarse a su vez de Egipto ni importunar los territorios costeros del imperio del rey persa. [3] Muchos, también, eran presa de aquel amor fatídico y desgraciado por Sicilia, que posteriormente habría de incendiar el orador Alcibíades. Asimismo, algunos soñaban con Etruria y Cartago, no sin razón, a causa de la magnitud del poderío conseguido y de la prosperidad de sus intereses.

XXI

[1] No obstante, Pericles detuvo esa expedición y refrenó las energías. Orientaba la mayor parte de las fuerzas hacia la conservación y la reafirmación de lo existente. Consideraba que era una importante labor el apartar a los lacedemonios y se oponía sin ostentación a ellos, como demostró en muchas otras ocasiones y, especialmente, en los hechos realizados durante la Guerra Sagrada.

[2] Después de que los lacedemonios hubieron atacado Delfos, cuando los focenses la ocupaban, y la hubieron restituido a los de Delfos, inmediatamente

Pericles, una vez los lacedemonios se hubieron retirado, intervino con un ataque y volvió a entregar Delfos a los focenses. Como los lacedemonios habían grabado en la frente del lobo de bronce la proclama de su derecho preferente a la consulta del oráculo que les habían concedido los habitantes de Delfos, Pericles, tras aceptar ese derecho para los atenienses, mandó inscribirlo en el lado derecho de ese mismo lobo.

XXII

[1] Que refrenaba acertadamente las fuerzas de los atenienses respecto a Grecia se lo demostraron los acontecimientos. En primer lugar, los eubeos hicieron defección, a cuya isla y contra ellos pasó con un ejército. Muy poco después, le fue anunciado que los megarenses estaban en pie de guerra y que tropas enemigas se hallaban en las fronteras del Ática al mando de Plistoanacte, rey de los lacedemonios. [2] Así pues, Pericles a toda velocidad volvió de Eubea para ir a la guerra en el Ática. No se atrevió a entablar batalla con hoplitas que habían sido convocados en gran número y que eran valientes, sino que intentó sobornar a éste subrepticamente al percibir que Plistoanacte era muy joven y que llevaba a Cleándridas como principal consejero, a quien los éforos habían ordenado acompañarle en calidad de tutor y asistente a causa de su edad. No tardó nada en corromperlo con dinero y lo persuadió para que sacara a los peloponesios del

Ática. [3] Cuando el ejército se hubo retirado y diseminado por sus ciudades, los lacedemonios se enfadaron y castigaron al rey con una multa, cuya suma le fue imposible pagar y, por ello, se exilió de Lacedemonia. Por su parte, Cleándridas huyó tras ser condenado a muerte. Éste era padre de Gilipo, el que aniquiló a los atenienses en Sicilia. Parece ser que la naturaleza le había condenado, como enfermedad hereditaria, con el ansia de riquezas, presa de la cual fue desterrado de Esparta después de haber realizado valerosas acciones. Estos hechos los hemos dejado expuestos en la biografía de Lisandro.

XXIII

[1] Cuando Pericles, durante la rendición de cuentas por la campaña, informó de un gasto de diez talentos invertidos en «lo necesario», el pueblo lo aprobó sin curiosear ni indagar lo que no se mencionaba. Algunos autores, entre los que se halla Teofrasto el filósofo, dejan constancia en sus escritos de que cada año se encaminaban a Esparta diez talentos por orden de Pericles, con los que «cuidaba» a todos sus gobernantes con idea de que renunciasen a la guerra. No compraba la paz, sino tiempo, durante el que poder prepararse con tranquilidad para luego hacer la guerra en mejores condiciones. [2] A continuación, se dirigió contra los que habían hecho defección y, tras cruzar a Eubea con cincuenta naves y cinco mil hoplitas, sometió sus ciudades. Mandó al exilio a aquéllos que se llamaban

«criadores de caballos» entre los calcídicos, que eran quienes se distinguían por sus riquezas y reputación. Por otra parte, expulsó de sus tierras a los hestieos y las colonizó con atenienses. Sólo con éstos se comportó de forma inexorable porque, tras haber tomado como prisionera una nave ática, habían matado a sus tripulantes.

XXIV

[1] Después de que, a raíz de estos acontecimientos, se hubiera firmado un tratado entre los atenienses y los lacedemonios con una vigencia de treinta años, se decretó una expedición naval a Samos, organizada contra ellos porque no habían obedecido la orden de concluir la guerra contra los milesios. Como parece ser que se llevó a cabo la campaña contra Samos por agradar a Aspasia, esta sería una inmejorable oportunidad para indagar sobre la mujer, sobre qué grandes artes o poderes tenía para someter a los principales políticos y proporcionar materia de no torpes ni escasos discursos sobre ella a los filósofos. Es conocido que era de origen milesio [2] e hija de Axíoco. Se cuenta que se enfrentó a los más poderosos entre los hombres por imitar a Targelia, una mujer jonia de tiempos remotos. Esta Targelia había llegado a ser una mujer de hermosa figura, agraciada y dotada de habilidades. Tuvo relaciones con muchísimos varones griegos y a todos los que se le acercaban se los ganó para la causa del rey persa.

Sembró el origen de la simpatía hacia los persas entre las ciudades a través de ellos, hombres muy poderosos e influyentes. [3] En cuanto a Aspasia, unos dicen que fue instruida por Pericles para que se convirtiera en una mujer sabia y entendida en política. Incluso Sócrates en ocasiones la frecuentaba en compañía de sus conocidos y sus habituales le llevaban sus esposas para que la oyeran, aunque gestionaba un negocio no honesto ni respetable y mantenía a jóvenes cortesanas. [4] Esquines dice que Lisicles, el tratante de ovejas, de origen plebeyo y humilde, se convirtió en el primero de los atenienses gracias a su cercanía a Aspasia tras la muerte de Pericles, y en el *Menéxeno* de Platón,²⁸ si bien su primera parte tiene un tono jocoso, consta como histórico que la mujer tenía fama de que su oratoria atraía a muchos atenienses. [5] Con todo, parece más cierto que el afecto de Pericles llegó a ser, de alguna manera, pasional. Tenía él una esposa de similar linaje que había sido anteriormente mujer de Hipónico, con quien tuvo a Calias, llamado «El Rico». Con Pericles tuvo ella a Jantipo y Páralo. Posteriormente, dado que la convivencia entre los esposos no era agradable, Pericles entregó su mujer a otro hombre con la anuencia de ella y él tomó a Aspasia, a la que amó extraordinariamente. [6] Según se cuenta, a diario, al ir y al venir del ágora, la saludaba con un beso. En las comedias se la llamaba la nueva Ónfale, la nueva Deyanira y también Hera. Cratino la llamó abiertamente prostituta en esto versos:

²⁸ 235e.

La viciosa Lujuria le engendró a su Hera, Aspasia, la prostituta desvergonzada.

Parece ser que de ella nació un bastardo, sobre el que Éupolis en su obra *Los demos*, le hizo preguntar así:

¿Me vive el bastardo?

Y Mirónides le responde:

*Hubiera sido hace tiempo un hombre, si no hubiera temido el mal de la puta.*²⁹

[7] Tan famosa y renombrada dicen que llegó a ser Aspasia, que Ciro³⁰, el que combatiría contra el rey por el imperio de los persas, llamó Aspasia a la más amada de sus concubinas, que se había llamado anteriormente Miltó, focense de origen e hija de Ermotimo. Después de que Ciro cayera en la batalla, fue llevada al rey y ganó muchísima influencia. Estos hechos, dado que me vinieron a la memoria conforme iba escribiendo, quizá hubiera sido poco humano obviarlos y pasarlos por alto.

²⁹ Hace referencia al temor del hijo de Pericles a ejercer cargos públicos por la reputación de su madre.

³⁰ El pretendiente al trono persa que motiva la *Anábasis* de Jenofonte.

XXV

[1] Se acusa sobre todo a Pericles de haber declarado la guerra a los samios por petición de Aspasia y en beneficio de los milesios. Esos estados peleaban por Priene y, cuando los samios iban venciendo, los atenienses les exhortaron a que se detuvieran y que ambas partes se sometieran a un arbitraje, pero aquéllos no hicieron caso. Entonces, Pericles, tras arribar con una flota, derrocó la oligarquía que gobernaba en aquellos momentos Samos, tomó cincuenta miembros de la aristocracia y la misma cantidad de niños como rehenes, y los mandó a Lemnos.

[2] Se cuenta, entonces, que cada uno de los rehenes le dio un talento por su liberación, y los que no querían una democracia en su estado le ofrecieron otros muchos más. Incluso, Pisutnes el persa, que mostraba una cierta simpatía por los samios, le envió diez mil monedas de oro, intercediendo por la ciudad. Ninguno de esos ofrecimientos aceptó Pericles, sino que comportándose con los samios como solía, instauró una democracia y zarpó de vuelta a Atenas. [3] Pero éstos inmediatamente hicieron defección, después de que Pisutnes hubiera sustraído para ellos a los rehenes y hubiera hecho los demás preparativos para la guerra. De nuevo, pues, navegó Pericles contra ellos sin prisa, pero sin pausa, muy decidido y dispuesto a dominar el mar. Tras una sangrienta batalla en torno a la

isla que llaman Tragia, Pericles venció completamente. Superó con cuarenta y cuatro trirremes a setenta, de las que veinte eran transportes de soldados.

XXVI

[1] Además de su victoria y de la persecución, se apoderó del puerto y puso sitio a los samios. Éstos, de una u otra manera, se atrevían a hacer salidas y combatir ante las murallas, pero, tras la llegada desde Atenas de otra flota mayor, quedaron completamente cercados. Pericles, al mando de sesenta trirremes, navegó mar adentro, como dice la mayoría de los autores, para enfrentarse a unas naves fenicias que venían a traer auxilio a los samios y con la intención de combatir lo más lejos posible, pero Estesímbroto dice que se encaminaba a Chipre, algo que no parece creíble. [2] Cualesquiera de los dos que fueran los cálculos que hizo, parece que se equivocó, ya que, tras emprender la navegación, Meliso, el hijo de Itágenes, varón aficionado a la filosofía que por aquel entonces era estratega en Samos, fuera por despreciar el pequeño número de las naves, fuera por la inexperiencia de los estrategos, convenció a los ciudadanos para que atacaran a los atenienses y, entablada la batalla, vencieron los samios. Capturaron a muchos hombres y destruyeron muchas naves, y pudieron suministrar por mar lo necesario para la guerra, recursos que anteriormente no tenían. [3] Aristóteles dice que Pericles fue también vencido en una batalla naval anterior. Los samios

vejaron a los prisioneros atenienses marcándoles en la frente unas lechuzas, porque los atenienses habían hecho con ellos lo mismo marcándoles una samena.

La samena es una nave cuya proa tiene la forma de un hocico de cerdo, bastante panzuda y con forma de vientre, de modo que pueda navegar mar adentro a buena velocidad. [4] Recibieron ese nombre por haber aparecido en primer lugar en Samos, mandadas construir por el tirano Polícrates. De manera enigmática se dice que Aristófanes se refiere a estas marcas:

El pueblo de Samos, ¡qué abundante en signos es!

XXVII

[1] Cuando Pericles fue informado del desastre de la flota, marchó en su ayuda a toda velocidad y, aunque Meliso aprestó sus tropas frente a él, lo derrotó y puso en fuga a los enemigos. Cercó la ciudad con la intención de imponerse y apoderarse de la ciudad más mediante la consunción y el tiempo que mediante las heridas y el riesgo para los ciudadanos atenienses. [2] Pero, como los atenienses llevaban mal el paso del tiempo y deseaban luchar, se le hacía trabajoso el contenerlos. Así pues, dividió toda la hueste en ocho partes y les propuso un sorteo. A la que sacase el haba blanca le permitió disfrutar de una jornada festiva y de descanso, mientras los demás combatían. Por ese motivo se

cuenta que los agraciados con esas expansiones llamaban ese día «día blanco» por el haba blanca. [3] Éforo dice que Pericles empleó máquinas de guerra por su admiración ante lo novedoso de su uso. Estaba presente el ingeniero Artemón, al que, por ser cojo, llevaban en una litera a las obras más urgentes, por lo que fue llamado «El Portado». Ahora bien, esto lo refuta Heraclides del Ponto en los poemas de Anacreonte, en los que Artemón es llamado «El Portado» en tiempos muy anteriores a la guerra y a aquellos acontecimientos de Samos. [4] Se cuenta que Artemón era persona de vida muelle, cobarde ante el miedo y asustadizo. La mayor parte de las ocasiones permanecía sentado en casa mientras dos esclavos sostenían sobre su cabeza un escudo de bronce para que nada le cayese desde arriba. Si se veía obligado a salir, era portado sobre una litera que colgaba sobre el suelo, y por eso era llamado «El Portado».

XXVIII

[1] Cuando al noveno mes los samios se rindieron, Pericles derribó las murallas, se apoderó de las naves y los castigó con una gran indemnización, de la que una parte pagaron los samios inmediatamente y por el resto acordaron entregar rehenes y abonarlo en un tiempo tasado. Duris de Samos sermonea por esto con acusaciones de una enorme crueldad hacia los atenienses y hacia Pericles, sobre la cual ni Tucídides ni Éforo ni Aristóteles [2] dejan nada recogido en sus

historias. Tampoco parece que Duris diga nada verdadero cuando relata que Pericles condujo a los comandantes samios de las trirremes y a sus tripulaciones al mercado de esclavos de Mileto, los ató a maderos durante diez días y los mandó matar mientras estaban así maltrechos rompiéndoles la cabeza con palos y desechando luego sus cuerpos sin rendirles honras fúnebres. [3] Duris, incluso allí donde nada le aprovechan sus propias pasiones, acostumbra a hacer prevalecer la ficción sobre la verdad y más parece incrementar las desgracias de su patria con las calumnias hacia los atenienses. Pericles, tras derrotar a Samos, regresó a Atenas, organizó los honrosos enterramientos de los muertos en la guerra y pronunció, como es costumbre, un discurso junto a las tumbas que fue objeto de admiración. Al bajar de la tribuna, las mujeres lo recibieron con parabienes y le tendieron coronas y cintas como si fuera un atleta vencedor, pero Elpinice, tras aproximarse a su lado, le dijo: «Tus hechos, Pericles, son admirables y dignos de las coronas. Tú nos has ofrecido las muertes de muchos y buenos ciudadanos luchando no contra fenicios o medos, como mi hermano Cimón, sino aniquilando a una ciudad aliada y emparentada con nosotros». [5] Ante estas palabras de Elpinice, Pericles sonrió sin inmutarse y se cuenta que le repitió el verso de Arquíloco:

Eres una vieja, no te cubras de perfumes.

Ión dice que Pericles, tras haber vencido a los samios, estaba lleno de soberbia y orgullo porque Agamenón había tomado una ciudad bárbara después de diez años, mientras que él en nueve meses había sometido a los primeros y más poderosos de los jonios. [6] Ese prestigio no era injusto, sino que, realmente, la guerra presentó muchas incertidumbres y riesgos, ya que, como dice Tucídides,³¹ por poco no sucedió que la ciudad de los samios le arrebatara la hegemonía en el mar a los atenienses.

XXIX

[1] Después de estos acontecimientos, cuando ya amenazaba la Guerra del Peloponeso y los corcirenses entraban en guerra con los corintios, convenció al pueblo para que les enviase ayuda y se anexionasen una isla tan pujante, en tanto en cuanto los peloponesios no declarasen la guerra a los atenienses. [2] Una vez decretado el envío de auxilio por parte del pueblo, despachó como un insulto a Lacedemonio, el hijo de Cimón, con sólo diez naves, porque grandes eran la simpatía y la amistad de la familia de Cimón con los lacedemonios. Le entregó pocas naves y lo mandó contra su voluntad para que, si durante el mando de Lacedemonio no se produjera ninguna acción importante y destacada, pudiera difamarle en mayor medida por laconismo. [3] Y continuaba denigrando sin

³¹ Historia, VIII 76.4.

descanso a los hijos de Cimón diciendo que ni siquiera en sus nombres eran legítimos, sino bastardos y extranjeros porque uno se llamaba Lacedemonio, otro Tésalo y otro Eleo. Todos parece que eran hijos de una mujer de Arcadia.³² Con todo, cuando Pericles oyó que se le criticaba por aquellas diez naves, en el sentido de que era una escasa ayuda a quienes la habían pedido, proporcionó una gran excusa a sus críticos enviando otras naves en mayor número a Córcira, las cuales volvieron después de la batalla. [4] Los megarenses se unieron en Esparta a los corintios, que estaban enfadados y que vertían acusaciones contra los atenienses. Aquéllos les imputaban que los atenienses los expulsaban y excluían de todos los mercados y puertos que controlaban contraviniendo el derecho común y los juramentos pronunciados por los griegos. Los eginetas, por su parte, parecían ser objetos de vejaciones y de violencia, y se quejaban ante los lacedemonios de forma velada, ya que no osaban acusar explícitamente a los atenienses. Mientras tanto, la defección y el asedio de Potidea, ciudad sometida a los atenienses y colonia de los corintios, aceleró más la guerra. [5] A pesar de todo esto, con la presencia de unas embajadas enviadas a Atenas y gracias a que Arquídamo, el rey de los lacedemonios, disipaba la mayoría de las acusaciones y apaciguaba a los aliados, no parecía que la guerra se pudiera declarar contra los atenienses en razón de las diversas causas, si éstos se dejasen persuadir para derogar el decreto

³² Los nombres hacen referencia a tres regiones de Grecia. Al no ser la madre de origen ateniense, no eran considerados atenienses.

megárico y se reconciliaran con ellos. Con todo esto, fundamentalmente, Pericles fue el único responsable de la guerra porque se opuso a estas condiciones y porque instigó al pueblo para que persistiera en la rivalidad con los megarenses.

XXX

[1] Se cuenta que a raíz de una embajada que había llegado a Atenas procedente de Esparta para tratar sobre esos asuntos, Pericles alegó que existía una ley que impedía quitar la tablilla donde estaba inscrito el decreto. Polialces, uno de los embajadores, le replicó: «No la quites. Vuelve del revés la tablilla ya que no hay ley que lo impida». Aunque le pareció ingeniosa la propuesta, Pericles no cedió ni un ápice. [2] Subyacía, al parecer, en él una cierta inquina personal hacia los megarenses. Tras hacer abierta y pública acusación contra ellos por haberse apropiado del «Tramo Sagrado»³³, promulgó un decreto por el que se envió un mismo emisario a los megarenses y a los lacedemonios con imputaciones hacia aquéllos. [3] Este decreto de Pericles exponía alegaciones razonables en tono amistoso. Pero, dado que, al parecer, Antemócrito, el emisario que había sido enviado, murió por culpa de los megarenses, Carino promulgó un decreto contra éstos diciendo que habría una enemistad implacable y sin cuartel, y que cualquier megarense que pisara el Ática sería castigado con la muerte, y que los estrategos,

³³ Trayecto sagrado entre Atenas y Mégara que estaba dedicado a las diosas Perséfone y Deméter.

en el instante de hacer su tradicional juramento, jurarían también que cada año invadirían dos veces la tierra de Mégara. En cuanto a Antemócrito, fue enterrado junto a las puertas Triasias, que ahora se llama El Dípilo.³⁴ [4] Los megarenses negaron el asesinato de Antemócrito y se la achacaron a Pericles y Aspasia empleando estos famosos y sabidos versos de *Los Acarnienses*:³⁵

Unos jóvenes borrachos, yendo a Mégara, secuestraron a la ramera Simeta. Luego, los megarenses, enfurecidos por la ofensa, le robaron a su vez a Aspasia dos rameras.

XXXI

[1] En suma, no es fácil saber cómo fue el inicio de la guerra. Todos por igual achacan su origen a Pericles por no derogar el decreto, excepto los que dicen que lo mantuvo por su gran inteligencia y buen juicio con vistas a lo mejor, ya que consideraba que aquella orden era una prueba de debilidad y la cesión, un reconocimiento de flaqueza. Otros decían que fue más por desprecio hacia los lacedemonios y por dar una muestra de fuerza debido a una cierta arrogancia y rivalidad. Pero la más nefasta de todas las causas de la guerra [2] y la que tiene una mayoría de testimonios es la que se arguye del siguiente modo. Fidias, el

³⁴ Dípilo en griego significa «Doble puerta».

³⁵ Vv. 524-527.

escultor, fue, como quedó dicho, contratista de la mencionada estatua. Convertido en amigo de Pericles y habiendo adquirido un enorme poder junto a él, fue objeto de envidias y se ganó a enemigos para sí mismo. De otro lado, algunos pretendieron poner a prueba al pueblo a través de él y ver quién podría ser juez de Pericles. Convencieron a uno de los colaboradores de Fidias, llamado Menón, y lo sentaron en el ágora en calidad de suplicante que solicitaba permiso para dar parte de Fidias y acusarle. [3] El pueblo se lo concedió al hombre y abrió una causa en la Asamblea. No se probaron los cargos de robo, porque el oro, nada más empezarse la estatua, inmediatamente se le aplicó y se la recubrió con él por consejo de Pericles, de modo que pudieran probar su peso quienes quisieran extraerlo, cosa que en aquel entonces Pericles animó a hacer a los acusadores. [4] La fama de sus obras estrechó el cerco de la envidia sobre Fidias, sobre todo porque, al esculpir la batalla de las Amazonas en el escudo, dio la apariencia de sí mismo a un anciano calvo que tenía en alto una roca con sus dos manos y porque colocó una hermosísima imagen de Pericles luchando contra una amazona. La posición de la mano que extiende una lanza ante el rostro de Pericles fue realizada diestramente, como queriendo ocultar la semejanza, que es visible desde ambos lados. [5] En suma, Fidias fue conducido a la cárcel y acabó muriendo por una enfermedad, como dicen algunos, provocada por un veneno preparado por los enemigos de Pericles para difamarle. Al denunciante, Menón,

según escribe Glicón, el pueblo le concedió la exención de impuestos y encomendó a los estrategos la seguridad del hombre.

XXXII

[1] Por aquel tiempo, Aspasia fue llevada a juicio por impiedad. La encausó e imputó Hermipo, el comediógrafo, con el cargo de recibir en casa a mujeres libres para tener relaciones con Pericles. Diopites, también, promulgó un decreto para procesar a quienes no respetaban a los dioses o impartían enseñanzas sobre los cielos, basándose en las sospechas sobre Pericles, discípulo de Anaxágoras. [2] El pueblo aceptó y admitió las calumnias, de modo que se ratificó el decreto que había redactado Dracontides para que las cuentas de sus bienes fueran depositadas por Pericles en la sede de los prítanos y para que los jueces dieran su veredicto ante la ciudad mediante votación desde el altar de la diosa; pero Hagnón eliminó esta parte del decreto y escribió que la causa fuera juzgada por mil quinientos jueces, ya se quisiera hacer por robo, ya por soborno o malversación. [3] Pericles disculpó a Aspasia vertiendo por ella muy abundantes lágrimas durante el juicio, como dice Esquines, y suplicándole a los jueces. Como albergaba temor por Anaxágoras, lo mandó sacar de la ciudad. Puesto que había chocado con el pueblo por causa de Fidias y temiendo al tribunal, incendió la inminente guerra y le prendió fuego secretamente, con la esperanza de distraer

las acusaciones y rebajar las envidias en medio de graves circunstancias y peligros, de modo que la ciudad se le ofreciese a él solo en razón de su dignidad y poder. Éstas, se afirma, son las causas por las que no permitió al pueblo ceder ante los lacedemonios. La verdad, con todo, no está clara.

XXXIII

[1] Los lacedemonios sabían que, si Pericles caía, podrían vérselas de modo más llevadero con los atenienses, por eso les exhortaron a purgar el sacrilegio de Colono³⁶, del que era culpable su familia materna, como recoge Tucídides³⁷ en su historia. Pero el intento resultó adverso a quienes lo habían ideado, porque en vez de suspicacias y calumnias, Pericles se ganó aún mayor confianza y respeto entre los ciudadanos, ya que creían que todo era, principalmente, efecto del odio y del temor de los enemigos. [2] Por esta razón también, antes de que Arquídamo al mando de los peloponesios invadiera el Ática, proclamó públicamente a los atenienses que cedería a la ciudad sus tierras y sus inmuebles si Arquídamo, mientras asolaba el resto del territorio, dejaba al margen sus posesiones bien por los lazos de hospitalidad que había entre ellos, bien por dar pábulo a las difamaciones de sus enemigos. [3] Así pues, los lacedemonios al frente de un gran

³⁶ Un antepasado de Pericles, el arconte Megacles, en el 632 a.C. violó la inmunidad que daba al suplicante Cilón el haberse sentado junto a la estatua de Atenea Políade en el Erecteo. Cilón se había acogido a sagrado tras ser condenado a muerte por protagonizar un golpe de estado que el pueblo no secundó.

³⁷ *Historia*, I 126-127.

ejército junto con sus aliados invadieron el Ática bajo el mando del rey Arquídamo. Avanzaron hasta Acarnas, saqueando la región, donde acamparon. Creían que los atenienses no lo consentirían, y que combatirían contra ellos llevados por la ira y el orgullo. [4] Pericles opinaba que era imprudente trabar combate por su ciudad contra los sesenta mil hoplitas peloponesios y beocios (esas eran las tropas que protagonizaron la primera invasión), y calmó a los que querían luchar y llevaban mal lo que estaba sucediendo. Les decía que los árboles cortados y arrancados crecen rápido, pero que no es fácil encontrar hombres una vez han muerto. [5] No convocaba al pueblo a la Asamblea por temor a que se revolvieran contra su criterio. Como el piloto de un barco que, cuando el viento se precipita sobre él en mar abierto, desplegando todos sus recursos, hace uso de su pericia y obvia las lágrimas y los ruegos de la tripulación presa de los mareos y del miedo, así Pericles, tras cerrar las puertas de la ciudad y emplazar guardias por doquier para su seguridad, puso en práctica sus cálculos preocupándose poco por los que se quejaban y se enojaban, [6] aunque muchos de sus amigos le apremiaban con sus ruegos, y muchos de sus enemigos lo amenazaban y acusaban, y hacían bailes, canciones y burlas para avergonzarlo, mientras descalificaban su estrategia diciendo que era cobarde y que abandonaba los bienes a los enemigos. En ese momento, se sumó Cleón también, quien se encaminaba hacia el liderazgo aprovechando la cólera que sentían los ciudadanos ante él. [7] Esto lo pone de manifiesto Hermipo en sus versos:

Rey de los sátiros, ¿por qué no quieres aferrar la lanza, sino que pronuncias terribles discursos sobre la guerra y ocultas el espíritu de Teles³⁸? Rechinas los dientes mientras la daga y el puñal son afilados en la dura piedra pómez y eres mordido por el fiero Cleón.

XXXIV

[1] No obstante, Pericles bajo ningún concepto se movió de sus posiciones, sino que, resistiendo educadamente y en silencio la mala fama y el odio, envió una flota de cien naves al Peloponeso sin que él navegara con ella. Permaneció vigilando la casa y manteniendo la ciudad bajo control hasta que se hubieran retirado los peloponesios. Atendía al pueblo, aunque estuviera enojado por la guerra, distribuyendo dinero y ordenando la entrega de lotes en las colonias. Expulsó a todos los eginetas y repartió la isla entre aquellos atenienses a los que les hubiera tocado en el sorteo un lote de tierras. También resultó ser una especie de consuelo saber lo que estaban sufriendo los enemigos. [2] Porque aquellos que estaban costeano el Peloponeso saquearon muchas tierras, aldeas y pequeñas ciudades. Pericles, a su vez, invadió por tierra Mégara y la asoló por entero, con ello resultó evidente que, aunque hicieran mucho daño por tierra a los atenienses, también sufrían mucho desde el mar a causa de éstos. No hubieran prolongado

³⁸ Personaje no conocido, pero que parece haber sido famoso por su cobardía.

tanto tiempo la guerra y hubieran renunciado pronto, como desde un principio había previsto Pericles, si una divinidad no se hubiera opuesto a los cálculos humanos. [3] En ese momento sobrevino por primera vez una plaga destructora que diezmó la juventud floreciente y su fuerza. Bajo sus efectos, estragados en sus cuerpos, también se exarcebaron sus almas profundamente contra Pericles y, como si se volvieran locos en contra del médico o del padre por causa de la enfermedad, intentaron perjudicarlo persuadidos por sus enemigos de que la congregación de la masa campesina en el interior de la ciudad había originado la enfermedad. [4] Obligada la masa en la estación estival a vivir indiscriminadamente y por igual en pequeñas viviendas y en asfixiantes tiendas de campaña, y a llevar una existencia casera e inactiva en lugar de la anterior, al aire libre y puro, se creyó causante de la plaga al que había desparramado la chusma campesina dentro de los muros por la guerra sin sacar utilidad alguna de tanta gente, sino que la había encerrado como ganado y había llevado la ruina a unos y otros sin procurar ninguna solución ni alivio.

XXXV

[1] Con la intención de aliviar esas quejas y provocar alguna molestia a los enemigos, dotó ciento cincuenta naves. Embarcó en ellas muchos y buenos hoplitas y caballería, e iba a hacerse a la mar con idea de ofrecer buenas

expectativas a los ciudadanos y un no menor miedo a los enemigos con tamaña fuerza. Pero, cuando ya estaban completas las tripulaciones de las naves y Pericles había embarcado en su propia trierreme, sucedió que el sol se eclipsó y sobrevino la oscuridad,³⁹ y todos quedaron estupefactos ante lo que creían que era un grave signo. [2] Al ver Pericles que su piloto estaba muy temeroso y angustiado, levantó su clámide ante sus ojos y, tras ocultarse con ella, le preguntó si creía que aquello era algo terrible o la señal de algo terrible. El piloto respondió que no. «¿En que, pues,» dijo «difiere ese hecho de este gesto, salvo en que el fenómeno causante del oscurecimiento es más grandioso que la clámide?» Este argumento se emplea en las escuelas de filosofía. [3] En suma, en su campaña naval parece que Pericles no llevó a cabo ninguna otra cosa digna de esos preparativos, excepto el sitio de la sagrada Epidauro, que creó la esperanza de que iba a ser tomada, pero que fracasó a causa de la epidemia. Su aparición provocó la destrucción no sólo de los sitiadores, sino también de todos los que se habían mezclado con el ejército. Dado que los atenienses se enojaron con Pericles a causa de este contratiempo, intentó aplacarlos y reanimarlos. [4] No obstante, no disipó su ira ni les hizo cambiar de criterio antes de que tomaran en sus manos los votos contra él y, una vez dueños de la situación, le destituyeran del cargo de estratego y lo castigaran con una multa, cuya cuantía los que menos afirman que fue de quince talentos, y los que más, de cincuenta. Quedó por escrito que el

³⁹ El eclipse tuvo lugar el 3 de agosto del 431 a.C.

acusador en la causa fue Cleón, según dice Idomeneo; pero Teofrasto dice que fue Simias y Heraclides Póntico dejó dicho que fue Lacrátidas.

XXXVI

[1] Los sentimientos populares iban a cesar con rapidez, ya que el pueblo abandonó su cólera hacia él como se hace tras la picadura de un aguijón. No obstante, sus intereses particulares marchaban penosamente por la epidemia, que había despachado a no pocos de sus allegados, y por las discordias que los habían desgarrado desde hacía tiempo. Su hijo mayor, Jantipo, que era por naturaleza dilapidador y que convivía con una mujer joven y extravagante, hija de Tisandro, el hijo de Epílico, soportaba mal la minuciosidad de su padre que le suministraba fondos de forma cicatera y poco a poco. [2] Mandó Jantipo un mensaje a uno de los amigos de su padre y obtuvo dinero fingiendo que se lo pedía Pericles. Cuando el amigo después de un tiempo lo reclamó, Pericles inició un pleito contra él y Jantipo, el muchacho, mal dispuesto contra su padre, comenzó a vilipendiarlo, primero sacando a la luz su comportamiento en casa para causar irrisión y las conversaciones que tenía con los sofistas. [3] Decía que una vez, cuando un atleta había herido involuntariamente con su jabalina a Eпитimo de Farsalia y lo había matado, gastó un día completo con Protágoras en discutir si, conforme a la razón más correcta, los responsables de la desgracia habían sido la

jabalina o el lanzador más que los árbitros. Junto a estas críticas, Estesímbroto dice que las calumnias sobre su esposa las había difundido Jantipo y que hasta su muerte la enemistad del joven con su padre persistió de forma incurable. Jantipo murió tras contraer la enfermedad durante la epidemia. [4] Pericles perdió también a su hermana entonces y a la mayoría de sus familiares y amigos, y a las personas más útiles para el estado. Con todo, no renunció ni traicionó su conciencia ni su grandeza de espíritu por las desgracias, y no fue visto ni llorando, ni celebrando exequias ni junto a tumba alguna de sus allegados, hasta que perdió a Páralo, el que le quedaba de sus hijos legítimos. [5] Abatido por su muerte, procuró mantener la compostura y conservar su grandeza de espíritu, pero en el momento de depositar la corona sobre el cadáver, se derrumbó de dolor ante esa visión, de modo que prorrumpió en llanto y vertió gran cantidad de lágrimas, reacción que nunca había mostrado durante toda su vida anterior.

XXXVII

[1] La ciudad probó a otros estrategos para la guerra y a otros políticos, pero como ninguno parecía poseer un peso equivalente ni una firmeza digna de tan grandes poderes, sintió añoranza por Pericles y lo llamó a la tribuna y a la tienda de estratego. Aunque estaba desanimado y permanecía en su casa por su duelo, fue convencido a dar un paso adelante por Alcibíades y por otros amigos suyos.

[2] El pueblo le pidió disculpas por su arrogancia. Pericles aceptó el estado de cosas y, tras haber sido elegido de nuevo estratega, pidió que se derogara la ley sobre los hijos ilegítimos, que él mismo había introducido anteriormente, para que no se extinguieran su casa, su nombre y su linaje por la falta de herederos.

[3] Las circunstancias de esa ley fueron las siguientes. Según se ha contado, muchos años atrás, cuando Pericles estaba en su apogeo dentro del Estado y tenía hijos legítimos, promulgó una ley que consideraba atenienses sólo a los que descendían de padre y madre atenienses. Cuando, con ocasión del regalo de cuatrocientos medimnos⁴⁰ de trigo por parte del rey de Egipto para el pueblo, fue preciso distribuirlo entre los ciudadanos, surgieron muchos pleitos en razón de aquella ley por parte de los hijos ilegítimos que hasta ese momento habían permanecido ignorados y excluidos. Muchos también fueron objeto de acusaciones difamatorias. [4] Como consecuencia, no poco menos de cinco mil fueron condenados y vendidos como esclavos. Los que se incluyeron como ciudadanos y fueron juzgados atenienses ascendieron en su número a catorce mil cuarenta. [5] Aunque era un asunto grave que el mismo hombre que había redactado la ley vigente en contra de tantas personas la derogara a su vez, el presente infortunio en la casa de Pericles, quien había recibido una especie de castigo por aquella arrogancia e insolencia, movió a la piedad de los atenienses.

⁴⁰ Unidad de medida para áridos. La medida del medimno variaba según las diferentes localidades. El medimno ateniense equivalía a 51,84 litros.

Creyeron que sufría justa retibución y que necesitaba un trato humano, por lo que cedieron e inscribieron a su hijo ilegítimo en la fraternidad con su mismo nombre. Más adelante, el pueblo lo condenó a muerte junto con los demás estrategos después de la victoria de las Arginusas sobre los peloponesios.⁴¹

XXXVIII

[1] En aquel momento, la plaga se apoderó de Pericles con un ataque no muy agudo ni intenso, como fue el caso de otros. La dolencia consumía su cuerpo pausadamente, con lentitud, prolongándose a través de múltiples síntomas y minando la fuerza de su espíritu. [2] Teofrasto, en su tratado sobre *Ética*, preguntándose si los caracteres se acomodan a las vicisitudes del azar y si, movidos por los padecimientos de los cuerpos, pierden la virtud, dejó escrito que Pericles, durante su enfermedad, mostró a uno de sus amigos en una visita un amuleto colgado de su cuello por las mujeres con la idea de mostrar lo mal que estaba cuando soportaba esa tontería. [3] Cuando ya estaba cerca de morir, los más señalados de los ciudadanos y sus amigos supervivientes, mientras estaban sentados alrededor de él, hablaban sobre cuán grandes llegaron a ser su virtud y poderío, y enumeraban sus acciones y la multitud de sus triunfos. Nueve fueron

⁴¹ En el año 406 a.C., la flota ateniense obtuvo una victoria naval sobre los espartanos en las islas Arginusas, cerca de Lesbos. A pesar de la victoria, la Asamblea ateniense condenó a muerte a seis de los ocho estrategos que comandaron la flota porque no recogieron a los supervivientes de las veinticinco trirremes dañadas debido a una tormenta, a efectos de la cual muchos de aquéllos murieron ahogados.

los que erigió en favor de la ciudad por sus victorias durante el cargo de estratego. [4] Estas palabras se dirigían unos a otros en la suposición de que ya no era consciente y de que había perdido su capacidad de percepción, pero resultó que prestaba atención a todo e intervino diciendo que se asombraba de que lo elogiasen por esas cosas y de que recordasen lo que comúnmente es producto del azar y que les había pasado también a muchos estrategos, y, sin embargo, no mencionaban lo que era más bello e importante: «Ningún ateniense vivo» dijo «se vistió el himatio negro por mi causa».⁴²

XXXIX

[1] Por concluir, ese hombre no sólo fue admirable por su ecuanimidad y benevolencia, que conservó aun en medio de muchas dificultades y de grandes animadversiones, sino también por su temperamento. Se puede considerar que la mayor de sus buenas cualidades fue el no haber hecho concesiones ni a la envidia ni a la cólera con su enorme poder, ni comportarse con ninguno de sus enemigos como si fuera irreconciliable. [2] Creo que aquel apodo infantil y arrogante fue apropiado e irreprochable por hacer esta sola cosa: se le llamaba «Olímpico» por tener un carácter tan solícito y una vida tan limpia y pura en medio del poder, del mismo modo que consideramos justo que el linaje divino,

⁴² En referencia a que no condenó a muerte a ningún conciudadano suyo.

responsable por naturaleza de los bienes y carente de responsabilidad en los males, gobierne y reine sobre los seres, no como hacen los poetas, atribulándonos e incurriendo en una responsabilidad negativa con sus opiniones ignorantes y sus invenciones literarias. [3] Porque el lugar en el que dicen que habitan los dioses lo califican de lugar seguro e inamovible, sin tratos con vientos o nubes, sino brillando sin descanso en el blando cielo y en la más límpida luz durante todo el tiempo, como si conviniera más que nada un tal modo de vida a un ser bienaventurado e inmortal, y muestran a los dioses mismos llenos de tribulaciones, enemistades, ira y demás pasiones que incluso a los seres humanos sensatos les serían inconvenientes. Con todo, estas consideraciones parecen ser propias de otro tipo de tratados. [4] Los acontecimientos provocaron en los atenienses un rápido aprecio y una evidente añoranza de Pericles. En efecto, los que durante su vida llevaban mal su poder porque los eclipsaba, inmediatamente después de su desaparición experimentaron el trato con otros oradores y demagogos y reconocieron que no había nacido personalidad más comedida con su grandeza ni más venerable en su afabilidad. [5] Aquella autoridad que se le reprochaba, llamándola primeramente «propia de un rey y de un tirano», resultó entonces, de forma evidente, una fortaleza salvífica del estado, tamaña fue la destrucción y el colmo de males que sobrevinieron para los asuntos públicos, los cuales aquél había mantenido a raya debilitándolos y suavizándolos, y había impedido que llegaran a poseer una fuerza insuperable.

FABIO MÁXIMO

I

[1] Habiendo tenido Pericles tales cualidades en sus hechos dignos de memoria, según pudimos informarnos, pasemos en nuestra narración a Fabio. Se cuenta que de una ninfa (otros dicen que de una mujer del lugar) que se había unido con Heracles en el entorno del río Tíber había nacido Fabio, varón que fundó el linaje de los Fabios, prolífico y reputado en Roma. [2] Algunos relatan que, antiguamente, fueron llamados Fodios los primeros de este linaje por haber empleado fosos en la caza. De este modo, hasta nuestros días las zanjas se llaman *fossæ* y «excavar» se dice *fodere*. Con el tiempo, dos de los sonidos sufrieron mutación y recibieron el nombre de Fabios. La familia produjo muchos e importantes varones. Desde Rulo, el más importante y que por eso recibió el apodo de Máximo entre los romanos, el cuarto descendiente fue ese Fabio Máximo cuya biografía estamos escribiendo. [3] Tuvo como mote a causa de una característica somática el de *Verrucosus*, porque le había nacido una pequeña verruga en el labio superior; también tuvo el de *Ouicula*⁴³, que tiene que ver con las ovejas, y le fue puesto por su carácter apacible y grave ya desde la infancia.

⁴³ «Ovejita».

Su temperamento tranquilo y silencioso, su entrega con gran discreción a los placeres infantiles, su asimilación cuidadosa y esforzada de las enseñanzas, su amabilidad y obediencia a sus camaradas provocaban sospechas de ser simple y perezoso entre quienes no lo conocían, y pocos eran los que advertían la firmeza en su interior y la nobleza junto con los rasgos propios de un león en su natural.

[4] Con el paso del tiempo y apremiado por las circunstancias, demostró ante la mayoría de la gente que su aparente indolencia era serenidad de ánimo; su simpleza, sensatez; el no ser perspicaz ni flexible en ningún momento, firmeza y certidumbre. Al ver la envergadura de la república y la abundancia de guerras, ejercitó su cuerpo para las guerras, como si las armas le fueran congénitas, y la elocuencia como un instrumento de seducción del pueblo, que adornaba de forma extremadamente apropiada su vida. [5] No había en su discurso encantos ni la gracia vacua del foro, sino una inteligencia que poseía una particular y sobresaliente habilidad y profundidad en el empleo de máximas, que se dice eran sobre todo similares a las de Tucídides. Se conservan un discurso suyo que pronunció ante el pueblo y un encomio de su hijo que murió tras haber sido cónsul.

II

[1] Fue nombrado cónsul cinco veces. La primera⁴⁴ fue tras el triunfo celebrado sobre los ligures a los que venció en una batalla y a los que rechazó en gran cantidad hasta expulsarlos en dirección a los Alpes y hacer que dejaran de asolar y dañar las zonas de Italia limítrofes con ellos. [2] Tras la invasión de Italia⁴⁵ y la victoria en la batalla del río Trebia, Aníbal avanzó a través de Etruria devastando la región y provocando un terrible pánico y temor en Roma. Hubo señales entre los romanos; unas, las habituales procedentes de los relámpagos; otras sobrevinieron de forma completamente inusitada [3] y muy anómala. Se contó que los escudos se habían empapado de sangre brotada de ellos mismos, que se habían segado cosechas de trigo ensangrentado en Ancio, que habían caído desde arriba piedras ardientes e incandescentes, que el cielo sobre los falerios había parecido romperse, caer y haber dispersado muchas tablillas y que en una de ellas había aparecido escrito literalmente: «Ares está agitando sus propias armas». [4] Ninguna de estas señales retrajo al cónsul Gayo Flaminio, varón que, junto a un temperamento de natural arrojado y ambicioso, estaba alentado por los grandes éxitos que había logrado anteriormente de forma inesperada. En aquel tiempo, contra el criterio del Senado y la violenta oposición de su colega en el consulado, había entablado combate contra los gálatas y los había vencido. Las señales, aunque afectaban a mucha gente, inquietaron a Fabio en menor grado a

⁴⁴ Año 233 a.C.

⁴⁵ Año 218 a.C.

causa de la falta de sentido de las mismas. [5] Pero, enterado del poco número de los enemigos y de su falta de recursos, invocó la paciencia de los romanos y evitar la batalla contra un hombre que se servía de un ejército entrenado para eso mismo a lo largo de numerosos enfrentamientos. Pidió que se enviase ayuda a los aliados, que se mantuviese bajo control a las ciudades y que se dejase languidecer por sí misma la hegemonía de Aníbal, como la llama que alumbra con poca y escasa fuerza.

III

[1] Sin embargo, no logró convencer a Flaminio. Dijo éste que no soportaba que la guerra se estuviera aproximando a Roma ni que, al igual que el antiguo Camilo, se combatiera en la ciudad por ella misma. Ordenó a los tribunos que sacaran el ejército, pero él mismo, al saltar sobre su caballo, sin ninguna razón aparente y de forma inesperada, se asustó éste y aterrado lo tiró por tierra y cayó de cabeza. Sin embargo, no cambió de parecer, sino que, como se había decidido a enfrentarse con Aníbal, ordenó su ejército junto al lago Trasimeno, en Etruria.

[2] Cuando los contingentes iban a entrar en combate, justo en el momento de la batalla, sobrevino un terremoto por cuya causa se vinieron abajo ciudades, las corrientes de los ríos se salieron de su cauce y las faldas de los riscos se rompieron en pedazos. No obstante, aunque la sacudida fue tan violenta, ninguno de los

contendientes se dio la más mínima cuenta. [3] En suma, el mismo Flaminio, por más muestras de valor y de fuerza que diera, cayó y en torno de él, los más aguerridos. Los demás se dieron a la fuga y la matanza fue enorme: quince mil hombres fueron aniquilados y fueron capturados otros tantos. Aníbal, que anhelaba enterrar el cuerpo de Flaminio y honrarlo por su valor, no lo encontró entre los muertos y se ignoraba por completo cómo pudo desaparecer.⁴⁶ [4] En cuanto a la derrota de Trebia, ni el general que informó, ni el mensajero que fue enviado inmediatamente pudieron dar cuenta de ella, sino que mintieron al decir que fue una victoria discutida y ambigua. Sobre esta derrota, nada más el pretor Pomponio oyó hablar de ella, reunió al pueblo en asamblea, se adelantó a la tribuna y dijo sin ambages ni rodeos: «Hemos sido vencidos, romanos, en una gran batalla y el ejército ha sido destruido, el cónsul Flaminio ha muerto. Ahora, deliberad [5] sobre vuestra propia salvación y seguridad». El pretor, lanzando estas palabras como una tormenta al interior de la masa tan grande del pueblo, consiguió consternar la ciudad. Ni siquiera los razonamientos pudieron calmar semejante estupor ni ofrecer serenidad. Todo el mundo coincidió en una única opinión, que las circunstancias requerían un mando unipersonal no sujeto a rendición de cuentas, lo que se llama una dictadura, y un hombre que manejara la situación firme y sin compromisos, [6] y que éste era solamente uno, Fabio Máximo, quien tenía un temperamento adecuado a la magnitud del cargo y

⁴⁶ La batalla del lago Trasimeno tuvo lugar en el 217 a.C.

dignidad de carácter, y que había llegado a un momento en su edad en el que el vigor de su cuerpo se asociaba a las decisiones de su espíritu y su audacia se unía a su sensatez.

IV

[1] Una vez tomada, pues, esa decisión, Fabio fue nombrado dictador, quien nombró a Marco Minucio prefecto de la caballería. Como primera medida, pidió al Senado emplear un caballo en campaña, dado que no le estaba permitido. Conforme a una antigua ley estaba proscrito, ya fuera porque se ponía la mayor intensidad en la fuerza de la infantería y por esa razón se creía que el general debía permanecer junto a la falange y no abandonarla, ya fuera porque el poder del cargo es grande y propio de un tirano en todos sus otros aspectos, y con esa norma se quería que el dictador se debiera claramente al pueblo. [2] No sólo eso, sino que también Fabio mismo, queriendo resaltar sin dilación la importancia y la dignidad del cargo para servirse de ciudadanos más sumisos y obedientes, iba precedido para ello y acompañado por veinticuatro lictores. Cuando el otro cónsul fue a su encuentro, le mandó a un asistente y le ordenó que dejara a sus lictores y que, tras deponer las insignias de su cargo, fuera a su encuentro como un ciudadano particular. [3] Después de esto, comenzó con los dioses a ejercer su cargo enseñando al pueblo que el fallo había residido en la negligencia del

general y su desprecio a los dioses, no en la incapacidad de quienes habían combatido, y lo animó a no temer a los enemigos, sino a hacer propicios y honrar a los dioses, no recurriendo a la superstición. Incitaba al valor mediante la piedad, animando y quitando el miedo provocado por los enemigos con las esperanzas puestas en los dioses. [4] Se hurgó entonces en muchos de los libros secretos y disponibles al efecto que llaman Sibilinos. Se cuenta que algunas de las palabras allí guardadas concordaron con aquellos hechos y vicisitudes. Lo que allí se sabía no era posible darlo a conocer a ninguna otra persona. El dictador avanzó ante la muchedumbre e hizo votos a los dioses de sacrificarles toda la cría anual de cabras, cerdos, ovejas, bueyes que durante la próxima primavera produjesen los montes, llanuras, ríos y prados de Italia, y celebrar espectáculos musicales y teatrales al coste de trescientos treinta y tres sestercios y trescientos treinta y tres denarios más un tercio, [5] esto es, recapitulando, ochenta y tres mil quinientas ochenta y tres dracmas con dos óbolos. Es difícil dar razón de la minuciosidad de esa cantidad y de su distribución, a no ser que se quiera hacer un himno al poder del número tres porque es naturalmente perfecto, el primero de los impares, principio en sí mismo de la pluralidad, y porque asume en sí mismo la unión y la armonización de las primeras diferencias y de los elementos de todo número.

[1] Fabio, pues, hizo depender de los dioses la opinión del pueblo y la volvió más esperanzada en el futuro. Él mismo depositó todas sus expectativas de victoria en su persona con la convicción de que la divinidad otorga el éxito al valor y a la inteligencia. Así, se dirigió hacia Aníbal no con intención de combatir, sino adoptando el criterio de minar su vigor con el paso del tiempo, su falta de recursos mediante el dinero romano, su escaso número con la propia sobreabundancia de gente, y agotarlo. [2] Consecuentemente, instalaba siempre el campamento en lugares elevados, lejos de la caballería enemiga. Cuando se asentaba, él se quedaba quieto; cuando se movía, hacía círculos en torno de ella por las escarpaduras y se mostraba a cuanta distancia le permitiera no verse obligado a combatir contra su voluntad y fomentar mediante sus dilaciones el miedo entre los enemigos a un combate inminente. De ese modo, dejando pasar el tiempo, era despreciado por todos y se hablaba mal de él en el ejército. Al conjunto de los enemigos le parecía un cobarde y que no era nada, excepto a un solo hombre, Aníbal. [3] Fue el único que se dio cuenta de su habilidad y del modo con el que había decidido combatir. Meditó la manera de hacer mover al hombre a la batalla mediante cualquier clase de treta o por la fuerza; de otro modo, la campaña de los cartagineses estaba perdida dado que no podía usar las armas en las que eran superiores e iban disminuyendo y gastándose hasta el límite los hombres y el dinero que le quedaban. Recurriendo a toda clase de ardidés estratégicos y mañas e intentando, como un hábil luchador, hacerle una

llave, acometía, acosaba y despistaba a Fabio con el deseo de apartarlo de los planes en pro de su seguridad. [4] Sin embargo, el criterio de éste, confiando en lo que era conveniente, se mantenía seguro de sí mismo e inalterable, pero le molestaba Minucio, el prefecto de la caballería, que ansiaba el combate a toda costa, incitaba y seducía demagógicamente al ejército, que estaba lleno por su causa de un loco empuje y de vanas expectativas. Los soldados se burlaban de Fabio y lo menospreciaban llamándolo el esclavo de Aníbal, mientras que consideraban a Minucio un gran hombre y un general digno de Roma. [5] Éste, entregado a una mayor arrogancia y osadía, hacía bromas sobre sus acampadas en los lugares elevados, diciendo que el dictador preparaba siempre hermosos teatros para presenciar el espectáculo de una Italia siendo devastada e incendiada. Preguntaba a los amigos de Fabio si llevaba el ejército a las alturas del cielo por haber desesperado de la tierra, o huía del enemigo con la protección de las nubes y la niebla. [6] Cuando sus amigos comunicaron a Fabio estas burlas y lo exhortaron a arriesgarse para limpiar la infamia, les dijo: «Parecería, si así lo hiciera, ser entonces más cobarde que ahora si por temor a burlas e insultos desistiera de mis propios planes. Aunque el temor en pro de la patria no es vergonzoso, aturdirse por la opinión de los hombres, sus calumnias y reproches no es digno de una persona con un cargo de tal categoría, sino de alguien esclavizado por aquéllos a quienes conviene que él gobierne y mande en su insensatez».

VI

[1] Tras esto, Aníbal cometió un error. Con la intención de alejar su ejército más lejos del de Fabio y apoderarse de llanuras que tuvieran pastos, ordenó a los guías que inmediatamente después de la cena lo condujesen al área de Casino⁴⁷, pero aquéllos a causa de la pronunciación bárbara de la palabra no se enteraron bien y lo metieron durante la conducción de las tropas al final de Campania, en la ciudad de Casilino, que divide por la mitad en su curso el río que los romanos llaman Vulturno. [2] La región está rodeada por una corona de montañas. Un desfiladero se extiende hacia el mar donde se abre una zona pantanosa provocada por la corriente del río. Hay grandes bancos de arena y termina en una playa con gran oleaje y de difícil ataque. Hasta allí bajó Aníbal, y Fabio, gracias a su conocimiento de los accesos, rodeó y bloqueó el paso situando cuatro mil soldados. Emplazó el resto del ejército en las demás alturas, en buena posición, y con las tropas ligeras y más dispuestas cayó sobre la retaguardia enemiga provocando la confusión y acabando con la vida de unos ochocientos hombres. [3] A raíz de esto, Aníbal quiso retirar su ejército y, dándose cuenta de lo equivocado del lugar y del peligro, mandó crucificar a los guías. Renunció a la esperanza de forzar la expulsión del enemigo y de enfrentársele al haberse hecho

⁴⁷ Hoy en día zona donde está la ciudad de Cassino, en el sur del Lacio.

fuerte en los pasos. Caídos todos en el desánimo y aterrorizados por considerar que estaban rodeados por doquier sin posibilidad de escapatoria, decidió Aníbal engañar con un ardid a los enemigos. Fue el siguiente. [4] Ordenó que se atasen antorchas hechas de un haz de mimbre o ramaje seco a los cuernos de dos mil vacas que habían sido tomadas como botín. Luego, de noche, cuando se hubiera dado la señal, se encendiesen y las lanzasen hacia los pasos por lo angosto y los puestos de guardia del enemigo. Mientras preparaban esta maniobra aquéllos a los que les había sido ordenada, levantó él mismo el campo y condujo tranquilamente el resto del ejército entre las sombras. [5] Las vacas, mientras que el fuego era pequeño e iba quemando la leña, avanzaron sosegadamente mientras eran llevadas hacia las faldas de las montañas. Resultó asombroso a los pastores y vaqueros desde las alturas contemplar las llamas alumbrando los cuernos como si fuera un ejército que caminaba en orden al amparo de numerosas antorchas. [6] Pero cuando el cuerno se quemó hasta la raíz y se transmitió a la carne la sensación, y cuando, sacudiendo y agitando las cabezas, se cubrieron unas a otras con abundantes llamas, no guardaron el orden en su ruta. Aterradas y doloridas, emprendieron una carrera contra las montañas, prendidas las colas y las testuces, y pusieron fuego a buena parte de la fronda por la que escapaban. [7] Fue, en suma, un terrible espectáculo para los romanos que guardaban los pasos porque, en efecto, las llamas se confundían con antorchas llevadas por hombres a la carrera. Mucha conmoción hubo entre ellos y miedo, ya que creían que los

enemigos los estaban acometiendo por diversos flancos y estaba siendo rodeados por todas partes. Por ello, no se atrevieron a resistir, sino que se retiraron hacia el grueso del ejército tras abandonar las angosturas. En ese instante, las tropas ligeras de Aníbal se acercaron y se apoderaron de los pasos mientras que el resto del contingente avanzaba ya sin obstáculos arrastrando un botín abundante y oneroso.

VII

[1] Sucedió que Fabio, aún de noche, se dio cuenta del engaño porque algunas vacas dispersas llegaron a manos de sus hombres. Ante el temor de que fuera una emboscada protegida por las sombras, mantuvo a su tropa inmóvil y en armas. Cuando llegó el día, yendo en persecución del enemigo, trabó contacto con su retaguardia y se produjeron combates sobre un terreno abrupto. La confusión fue grande, hasta que Aníbal mandó desde la vanguardia a su infantería ligera integrada por íberos ágiles y acostumbrados a marchar por los montes, que cayó sobre la infantería pesada romana, la diezmó y puso en fuga a Fabio. [2] Ocurrió entonces que Fabio fue objeto de severas críticas y de desprecio porque no se había atrevido a usar las armas para intentar someter a Aníbal mediante la inteligencia y la planificación, y pareció haber sido derrotado y haber fracasado como general mediante esos mismos recursos. Con el propósito de alimentar el

fuego de la cólera de los romanos contra Fabio, Aníbal, nada más llegar a sus propiedades en el campo, ordenó incendiar y destruir todas las ajenas y se guardó de tocar sólo las de Fabio. Situó también una guardia que no permitió hacerle ningún daño ni tomar nada de allí. [3] El anuncio de estos hechos provocó en Roma nuevas calumnias a Fabio. Los tribunos se le oponían a grandes gritos ante la masa. En especial, era Metilio quien la instigaba y azuzaba no por odio hacia Fabio, sino por ser deudo de Minucio, el prefecto de la caballería, y porque creía que sus calumnias le aportaban honra y fama. También el Senado se sintió airado en no inferior medida porque le reprochaba sus acuerdos con Aníbal sobre los prisioneros. [4] Se habían concertado para liberar hombre por hombre de los capturados y, si hubiera más de una parte, el que los recibía debía pagar doscientas cincuenta dracmas por cada uno. Así pues, cuando se hubo producido el intercambio por cada hombre, se halló que sobraban en el campo de Aníbal doscientos cuarenta romanos. El Senado decidió no enviar el rescate de éstos y acusó además a Fabio de no recuperar de forma decorosa y conveniente a hombres que por su cobardía se habían convertido en presa de los enemigos. [5] Tras oír esas acusaciones, Fabio soportó mansamente la ira de los ciudadanos. Como no podía soportar el haber defraudado a Aníbal por carecer de dinero y abandonar a los ciudadanos, mandó a Roma a su hijo con la orden de vender sus tierras y enviarle inmediatamente el dinero al campamento. Cuando el joven hubo vendido las tierras y vuelto rápidamente, remitió Fabio el rescate a Aníbal

y acogió a los prisioneros. Muchos pretendieron devolverle más tarde el dinero, pero no cogió nada y se lo perdonó a todos.

VIII

[1] Tras esos acontecimientos, los sacerdotes lo llamaron a Roma con motivo de ciertos sacrificios y entregaron el mando a Minucio, al que Fabio, como dictador, no sólo prohibió que entablase batalla y que se enzarzase con el enemigo, sino que se lo encareció y pidió encarecidamente. Aquél no hizo el menor caso a las admoniciones y enseguida comenzó a acosar al enemigo. [2] En una ocasión, observó durante su vigilancia que Aníbal había enviado la mayor parte de su ejército a buscar víveres y atacó a lo que se había quedado. Los precipitó contra la empalizada, mató a no pocos y provocó el pánico a ser asediados. Cuando Aníbal volvió a concentrar sus tropas en el campamento, Minucio se retiró sano y salvo, lleno él de una inmoderada jactancia y de ánimo el ejército. [3] Rápidamente, se extendió por Roma una versión exagerada del hecho y Fabio, cuando la hubo oído, dijo que temía más la suerte de Minucio que su infortunio. El pueblo saltó de alegría y se congregó en el foro. Metilio, el tribuno, subió a la tribuna y pronunció un discurso exaltando a Minucio y acusando a Fabio no ya de pusilanimidad y cobardía, sino incluso de traición. [4] Al mismo tiempo, acusaba también a los más poderosos y a los primeros de los ciudadanos de haber

conducido la guerra desde el principio con la intención de destruir al pueblo e imponer al punto en la ciudad una monarquía absoluta que, entreteniéndose las acciones, proporcionara a Aníbal fundamento y tiempo para volver a sumar otro contingente desde Libia de modo que se apoderase de Italia.

IX

[1] Un gran alboroto atravesó el pueblo ante el peligro que correría Minucio cuando Fabio se subió a la tribuna, no para defenderse del tribuno, sino para decir que se celebrasen lo más rápidamente posible los sacrificios y los ritos sagrados, de modo que pudiera salir en dirección al ejército para castigar a Minucio ya que había entablado combate con los enemigos contra sus órdenes. En efecto, el dictador tiene la potestad de encarcelar y de ejecutar la pena de muerte sin juicio, y se creía que la ira de Fabio, olvidada su enorme afabilidad, sería severa e implacable. [2] Por eso, atemorizados, los demás mantuvieron silencio, pero Metilio aprovechando la licencia de la potestad tribunicia, ya que es el único cargo que la elección de dictador no puede derogar y se mantiene cuando los demás han sido invalidados, pidió con mucha insistencia al pueblo que no abandonara a Minucio y no le dejara sufrir lo que Manlio Torcuato le hizo a su hijo, quien, a pesar de haber sido protagonista de una proeza y de haber sido

coronado, le cortó la cabeza con un hacha⁴⁸, y que despojara a Fabio de la tiranía y encomendara la república a quien pudiera y quisiera salvarla. [3] La población, movida por tales palabras, aunque no osó forzar a Fabio para que depusiera su poder personal a pesar de su mala fama, votó que Minucio, por tener un cargo de igual dignidad al de general, continuara la guerra con las mismas competencias que un dictador, situación nunca antes dada en Roma, si bien un poco después volvió a darse tras la catástrofe de Cannas. [4] En esa ocasión, en el ejército era dictador Marco Junio. La clase senatorial precisaba ser completada en la ciudad porque en la batalla habían perecido muchos senadores y eligieron a otro dictador, Fabio Buteón. Ahora bien, éste, después de subir a la tribuna, elegir a los hombres y completar el Senado, ese mismo día, se despojó de los lictores, se apartó de su escolta, se metió entre la multitud, se mezcló con ella y regresó al foro como un particular para administrar y tratar algunos de sus propios asuntos.

X

⁴⁸ Tito Manlio Torcuato era cónsul junto con Publio Decio Mus durante la Segunda Guerra Latina (340-338 a.C.), declarada para establecer la supremacía de Roma en el Lacio. Antes de la batalla del Vesubio (340 a.C.), los cónsules dictaron la orden de no aceptar combates singulares. El hijo de Tito Manlio desobedeció dicha orden, venció a su oponente, Metio Geminio, y llevó a su padre los despojos de su victoria. No obstante, el padre ordenó ejecutar a su hijo ante el ejército por haber desobedecido.

[1] Se creía que, al haber sido designado Minucio con las mismas funciones que un dictador, Fabio se acobardaría y se volvería humilde en todo, aunque las conjeturas no fueron acertadas. No creyó que el error de aquéllos era su propia desgracia, sino que, como Diógenes el sabio cuando alguien le dijo: «Esa gente se está riendo de ti», repuso: «Es que no se están riendo de mí», porque pensaba que sólo son ridiculizados quienes ceden y se alteran ante semejantes manifestaciones. [2] De esa misma manera, Fabio soportaba incólume y cómodamente cuanto le sucedía conforme a los principios en que creen los filósofos: el hombre recto y virtuoso no puede ser vejado ni insultado; pero, preocupado por el bien común, le afligía la plebe indocumentada porque le había dado la iniciativa a un hombre con una malsana ambición respecto a la guerra. [3] Temiendo que Minucio, completamente enloquecido por la vanagloria y el engreimiento, se precipitase a cometer algún desafuero, salió de la ciudad de forma inadvertida para todos y se presentó en el campamento. No lo sorprendió en un estado aún contenido, sino excitado y enajenado y pidiendo el mando sin respetar su turno. Fabio no lo aceptó y dividió con él las tropas, en la idea de que mandar solamente una parte era mejor que mandar sobre todo sin respetar el turno. [4] Se quedó con las legiones primera y cuarta, y cedió la segunda y la cuarta a Minucio. De igual manera se distribuyeron las fuerzas de los aliados. Cuando Minucio se llenó de soberbia y de alegría por ver abatida y mancillada la apariencia del más elevado e importante cargo, Fabio le recordó que su guerra,

si su sensatez le permitía verlo, no era contra Fabio, sino contra Aníbal; [5] pero que, si rivalizara con su colega en el mando, atendiese a que el que recibiera los honores de la victoria por parte de los ciudadanos no pareciese mostrarse más negligente con la salvación y la seguridad de éstos que el vencido y ultrajado.

XI

[1] Minucio consideró esas palabras la presunción de un anciano. Tomó por su cuenta el mando de las tropas que le habían sido asignadas y acampó lejos. Aníbal no ignoraba lo que estaba sucediendo, sino que estaba al acecho de todo. Había en medio una colina, no difícil de tomar, pero que, si era tomada, resultaba segura para un ejército y de suficiente extensión para cualquier efecto. La planicie que la rodeaba estaba, si se la veía de lejos, despejada por lo llana y pareja, pero había algunas zanjas no grandes en ella y demás oquedades. [2] Por ello, aunque era posible ocupar a escondidas la colina fácilmente, no quiso Aníbal hacerlo y la dejó en medio como pretexto para la batalla. Cuando vio que Minucio se había separado de Fabio, de noche dispersó por las zanjas y oquedades algunos soldados y, ya de día, mandó de forma ostensible a no muchos para que tomasen la colina y para inducir a Minucio a precipitarse sobre el lugar. [3] Y eso mismo sucedió. Primero envió a su infantería ligera; luego, la caballería. Finalmente, cuando vio que Aníbal estaba ayudando a los que estaban en la colina, bajó con

todas las tropas en formación. Entablado una dura batalla, se defendía de los que arrojaban proyectiles desde la colina, luchando en un combate igualado, hasta que Aníbal, viendo que había caído en el engaño y que ofrecía la espalda desprotegida a los que se estaban emboscados, dio la señal. [4] A ésta, se alzaron por doquier simultáneamente profiriendo gritos y matando a los que estaban en las últimas líneas. Una inenarrable conmoción y el pánico se apoderaron de los romanos. El arrojo del propio Minucio se quebró y lanzaba miradas sin parar a uno y otro de sus comandantes, sin que ninguno osara permanecer sobre el terreno, sino que se precipitaron a una huida sin salvación, porque los númidas, que ya controlaban el cerco, recorrían la llanura y mataban a los que estaban dispersos.

XII

[1] El enorme peligro en el que se hallaban los romanos no le pasó inadvertido a Fabio, pero como tenía ya previsto lo que ocurriría, según parece, tenía sus tropas en formación y en armas. Se preocupó de conocer lo que se estaba haciendo no mediante mensajeros, sino efectuando personalmente la observación ante la empalizada. Cuando, así pues, se percató de que el ejército estaba siendo rodeado y en plena conmoción, y que el griterío procedía no de los que resistían, sino de los que ya huían aterrados, [2] se golpeó el muslo y se lamentó ante los presentes

diciendo: «¡Por Heracles! ¡Minucio se ha perdido a sí mismo más rápido de lo que yo esperaba y más despacio de lo que se afanaba!» Ordenó que los estandartes se sacaran rápidamente y que les siguiera el ejército, y gritó fuertemente: «Ahora, soldados, que cada uno recuerde a Marco Minucio y se dé prisa, porque es persona ilustre y patriota, y si ha errado en su afán por expulsar al enemigo, luego le exigiremos cuentas». [3] En primer lugar, tras hacer aparición, puso en fuga y dispersó a los númidas que había en la llanura; luego, avanzó contra los que combatían a la espalda de los romanos y aniquiló a los que encontraba. Los restantes dieron media vuelta y huyeron antes de que fueran encerrados y rodeados del mismo modo que ellos hicieron con los romanos. [4] Al ver Aníbal la mudanza y que Fabio, sobreponiéndose a su edad, presionaba a través de los combatientes con fuerza hacia arriba en dirección a Minucio y a la colina, detuvo la batalla. Dio la señal con la trompeta y trajo a los cartagineses a la empalizada, mientras los romanos se retiraban también aliviados. Se cuenta que Aníbal dijo a sus amigos sobre Fabio en tono de broma algo así como: «¿No os anticipé yo muchas veces que la nube asentada ahí arriba iba a romper en tormenta y en lluvia torrencial?»

XIII

[1] Tras la batalla, Fabio despojó a todos los enemigos que había matado y se retiró sin decir una palabra altanera u ofensiva sobre su colega en el mando. Por su parte, Minucio, después de haber reagrupado su ejército, dijo: «Compañeros de armas, no errar en las grandes empresas está más allá de las capacidades humanas; pero que el que ha errado emplee sus caídas como enseñanza para el futuro es propio de un hombre preclaro y sensato. [2] Por tanto, yo reconozco que tengo poco que reprochar al azar y mucho que alabar. Aquello de lo que no me di cuenta durante tanto tiempo, en el pequeño espacio de un día lo he aprendido. Sé que yo mismo no soy capaz de mandar sobre otros, sino que necesito que otro mande y que ambiciono vencer a aquellos por los que es mejor ser vencido. El dictador es vuestro caudillo en lo demás, pero yo seré vuestro jefe a la hora de darle las gracias. Me ofrezco a mí mismo para obedecerle el primero y para hacer lo que él ordene». [3] Una vez hubo pronunciado estas palabras, mandó alzar las águilas y que todos le siguieran. Los condujo al campamento de Fabio y, una vez en el interior, marchó hacia la tienda del general, de modo que a todos llenó de asombro y desconcierto. Fabio salió fuera y Minucio, haciendo avanzar los estandartes, lo llamó padre en voz alta y sus soldados saludaron a los de Fabio llamándolos «patronos». Esta es la apelación que los liberados usan con los que los han liberado. [4] Cuando todo estuvo tranquilo, Minucio dijo: «Has logrado hoy dos victorias, dictador. Sobre Aníbal gracias a tu valentía y sobre tu compañero en el mando gracias a tu prudencia y tu hombría de bien.

Con la primera, nos has salvado; con la segunda, nos has enseñado a nosotros, que fuimos vencidos en una vergonzosa derrota por aquél y con una espléndida salvación por ti. [5] Te llamo buen padre, no tengo una apelación mayor, porque este favor tuyo es mayor que el favor de mi padre. Éste me engendró solamente, pero gracias a ti estoy salvado junto con tantos otros». Cuando hubo dicho estas palabras, abrazó y besó a Fabio, y pudo verse a los soldados hacer lo mismo: abrazarse y besarse. De este modo, el ejército se llenó de alegría y de las más dulces lágrimas.

XIV

[1] Después de estos acontecimientos, Fabio dimitió del cargo. Volvieron a designarse cónsules y de éstos, los primeros mantuvieron el concepto de guerra que él había fijado, evitando el combate formal con Aníbal, ayudando a los aliados y evitando las defecciones. No obstante, cuando fue elevado al consulado Terencio Varrón, de oscuro linaje, pero de vida señalada por su obrar demagógico y precipitado, fue evidente que, dada su inexperiencia y su temeridad, se lo jugaría todo a los dados. [2] En las reuniones, gritaba que la guerra continuaría mientras que la ciudad emplease a generales como Fabio, pero que a él en el mismo día se le podría ver venciendo a los enemigos. Junto a estas palabras, reunió y alistó una fuerza tal como nunca habían usado los romanos

contra ningún enemigo, ya que se prepararon para la batalla ochenta y ocho mil hombres, gran temor para Fabio y para quienes hacían gala de sensatez entre los romanos. No esperaban que la ciudad pudiera recuperarse si se perdía tan gran cantidad de gente joven. [3] Por esa razón, Fabio se levantó e instó al colega de Terencio en el consulado, Paulo Emilio, hombre experto en muchas guerras, no agradable al pueblo y resentido por una multa fiscal decretada contra él, que refrenase la locura del aquél, en la idea de que su contienda en pro de la patria no sería contra Aníbal, sino contra Terencio. Éste se apresuraría a la batalla sin ser consciente de su fuerza, y aquél siendo consciente de su propia debilidad. [4] «Paulo,» dijo «soy más digno de crédito que Terencio sobre lo concerniente a Aníbal y te aseguro que, si nadie le hace frente durante este año, o bien perecerá a lo largo de su estancia, o bien emprenderá la huida. Cree que vencerá y prevalecerá aun cuando ningún enemigo se le ha sumado y no le sobrevive ni la tercera parte de su fuerza originaria». [5] Se cuenta que Paulo respondió a estas palabras: «Fabio, si miro por mis intereses, para mí es mejor caer bajo las lanzas del enemigo que bajo los votos de los ciudadanos; pero si la república se encuentra en esta situación, intentaré parecerme un general valeroso a ti más que a todos los demás que presionan en dirección opuesta». Asumida esta opción, Paulo marchó a la guerra.

[1] Con todo, Terencio implicándose en el mando por turnos de un día y tras acampar junto a Aníbal en los alrededores del río Aufido y del lugar llamado Cannas, al amanecer dio la señal de ataque, haciendo ondear una túnica de color púrpura sobre la tienda del general con idea de que los cartagineses se sintieran inquietos desde el primer momento al observar el valor del general y la magnitud del ejército, mientras que ellos eran la mitad. [2] Aníbal, por su parte, mandó a sus tropas que se armaran y él mismo a caballo observó en compañía de algunos pocos desde lo alto de una suave colina que los enemigos ya estaban situados en formación. A las palabras de uno de los hombres que estaba alrededor de él y que tenía su mismo rango, de nombre Giscón, sobre el impresionante aspecto de la masa enemiga, Aníbal contrajo la frente y dijo: «Giscón, se te ha olvidado otro ejército más impresionante que éste». Giscón le preguntó cuál era y Aníbal le respondió: «Ésos son muchos, pero nadie entre ellos se llama Giscón». [3] Lo inesperado de la broma provocó la risa de todos ellos y bajaron de la colina contándole a todo el que encontraban la chanza, de modo que la risa se extendió ampliamente entre la mayoría y los que rodeaban a Aníbal apenas podían recuperarse de ella. Este hecho infundió valor a los cartagineses que lo vieron porque pensaban que esas risas y bromas del general, sin tener en cuenta el peligro, procedían de un enorme y fuerte desprecio.

XVI

[1] En la batalla recurrió a estratagemas. En primer lugar, sacó ventaja del lugar procurándose el viento de espaldas. Irrumpió éste semejante a un ardiente huracán y levantó una densa polvareda procedente de la ancha llanura arenosa que pasó por encima de los cartagineses y se arrojó contra los romanos, sobre cuyos rostros caía obligándoles a volver la cara y sumiéndolos en la confusión.

[2] Y, en segundo lugar, sacó ventaja de la formación militar. Ordenó la parte más fuerte y aguerrida de sus tropas a ambos flancos del centro y situó en éste los hombres menos preparados para emplearlos como una cuña que sobresaliera del resto de la falange. Se les dijo a las mejores tropas que cuando los romanos estuvieran dentro de la falange después de haberla dividido en dos y, mientras los romanos se dejaban llevar y el centro se retiraba formando una bolsa, girando rápidamente desde ambos flancos atacasen oblicuamente, los envolviesen y los encerrasen a sus espaldas. [3] Justamente, esta maniobra parece haber provocado la mayor matanza. Cuando el centro cedió y recibió a los romanos que lo perseguían, la falange de Aníbal cambió de formación y adoptó la de media luna. Los comandantes de las tropas escogidas inclinando a unos sobre la izquierda y a otros sobre la derecha, cayeron sobre las partes débiles y a todos los que no se adelantaron a escapar del cerco, los envolvieron en el centro y los masacraron. [4] Se cuenta que a la caballería romana le aconteció un percance anormal. Parece ser

que el caballo de Paulo, al ser herido, lo tiró. Unos y otros de los soldados que lo rodeaban se bajaron del caballo para ayudar al cónsul. Los jinetes, entonces, cuando vieron esa escena, creyendo que se había dado una orden general, todos saltaron a tierra y se enfrentaron a los enemigos como infantes. Al ver este hecho, Aníbal dijo: «Más hubiera deseado esto que si los hubiera tenido atados». [5] Estos sucesos los han transmitido los que han escrito la historia de forma prolija. El cónsul Varrón se alejó a caballo con unos pocos soldados en dirección a la ciudad de Venusia, pero Paulo en el profundo torbellino de aquella retirada, cubierto de numerosos dardos clavados en sus heridas, abrumado en su cuerpo y su alma por tamaña desgracia, se sentó apoyado en una piedra esperando al enemigo que lo iba a matar. [6] Por la abundancia de sangre con la que estaban desfigurados su cabeza y su rostro, era irreconocible para muchos, y sus amigos y criados pasaban a su lado sin conocerlo. Solamente Cornelio Léntulo, un joven patricio, cuando lo vio y se dio cuenta, bajó del caballo, se le aproximó y le pidió que se salvara a sí mismo y se pusiera a disposición de los soldados, que necesitaban en esa ocasión sobre todo un buen jefe, [7] pero él rechazó la petición y obligó entre lágrimas al joven a que volviera a montar en el caballo; luego, tomó su derecha, se alzó y dijo: «Léntulo, comunica a Fabio Máximo y sé tú mismo testigo de que Paulo Emilio perseveró en su criterio hasta el final y que no rompió ninguno de los acuerdos tomados con él, sino que fue vencido primero por Varrón y luego por Aníbal». [8] Cuando hubo hecho este encargo, despidió a

Léntulo y arrojándose él mismo entre los que estaban cometiendo la matanza, murió. Se cuenta que cayeron en la batalla cincuenta mil romanos, que fueron apresados con vida cuatro mil y que después de la batalla fueron capturados en ambos campamentos consulares no menos de diez mil.

XVII

[1] Sus amigos, ante semejante hazaña, instigaban a Aníbal para que siguiera a su fortuna y cayera sobre Roma, aprovechando la huida de los enemigos, porque de ahí a cinco días después de la victoria cenaría en el Capitolio. No es fácil decir qué reflexión lo desvió, pero parece verosímil que la dilación o la cobardía ante esta decisión fue más obra de un genio o de un dios que lo obstaculizó. Se cuenta que Barca, el cartaginés, por esa razón le dijo airado: «Sabes vencer, pero no sabes aprovechar la victoria». [2] En todo caso, la victoria le procuró tan gran cambio que, si bien antes de la batalla no poseía ni ciudad, ni mercado, ni puerto de Italia y con dificultad y a duras penas conseguía lo necesario para su ejército mediante el saqueo, arrojado sin ninguna certidumbre a la guerra, vagando con su ejército como una gran banda de ladrones, llevado de un lado a otro, entonces casi toda Italia se puso bajo su poder. [3] La mayoría de las poblaciones más grandes se pasaron a su lado de buena gana y Capua, que después de Roma posee la más alta dignidad entre las ciudades, la sumó a su causa. No sólo no es pequeño mal

poner a prueba a los amigos, sino también poner a prueba a los generales prudentes, pues lo que llamaban cobardía y la frialdad de Fabio antes de la batalla, inmediatamente después de la batalla pareció ser un cálculo no humano, sino una reflexión propia de la divinidad o de un genio, que había previsto con tanta antelación lo que iba a suceder, algo que a duras penas podían creer quienes lo estaban sufriendo. [4] Por ello, sin dilación Roma puso en manos de Fabio sus últimas esperanzas, refugiándose en su criterio como en un templo o en un altar. Concedía como primera y fundamental causa de que hubiera sobrevivido y de no haber sido destruida su sensatez, como ocurrió cuando los celtas. [5] Porque aquél que se mostraba cauto y receloso en los momentos en que nada parecía amenazador, entonces, cuando todo el mundo se sumía en infinitos lamentos e improductivo desconsuelo era el único que paseaba por la ciudad con paso calmado, contenido gesto y expresiones de humanidad, aliviando los lamentos de las mujeres y evitando concentraciones de quienes expresaban públicamente sus comunes quejidos. Convenció al Senado para que se reuniese y animó a los magistrados, mientras que él era la fuerza y el poder de todo cargo público que tenía puesta en él su mirada.

XVIII

[1] Emplazó en las puertas guardias que impedían salir a las masas que intentaban escapar de la ciudad y abandonarla. Fijó un límite de lugar y tiempo para las lamentaciones y ordenó que quien lo deseara llorase en casa durante treinta días. Después de esa fecha, había que cesar en los lamentos y depurar de ellos la ciudad. [2] Aunque se celebrara por aquellos días las fiestas de Ceres, pareció que renunciar por completo a los sacrificios y a la procesión sería mejor que poner a la vista la magnitud del desastre por la escasez y el abatimiento de los celebrantes; porque, en efecto, los dioses se complacen cuando son honrados por quienes son afortunados. [3] Se hicieron aquellos ritos de apaciguamiento de los dioses o para conjurar señales ominosas por cuantos los adivinos abogaban. Se envió a Delfos a Píctor, un pariente de Fabio, para consultar el oráculo y se halló que dos de las vírgenes Vestales habían sido corrompidas. Una fue enterrada viva, como es costumbre, y la otra se mató a sí misma. [4] Sobre todo podríamos admirar la prudencia y amabilidad de la urbe cuando el cónsul Varrón volvió de su huida, como si regresara tras haber cometido los actos más vergonzosos y lamentables, humillado y abatido, y el Senado y el pueblo al completo fueron a su encuentro a las puertas para darle la bienvenida. [5] Los primeros dignatarios de la cámara, entre los que se hallaba Fabio, lo alabaron una vez se hizo la calma, por no haber perdido la esperanza en la ciudad ante semejante desgracia, sino que se había presentado para ponerse al frente de la

república y emplear las leyes y los ciudadanos del modo en que pudieran ser salvados.

XIX

[1] Cuando fueron informados de que Aníbal tras la batalla se había retirado hacia la otra parte de Italia, recuperaron el ánimo y despacharon comandantes y ejércitos. Los más ilustres de éstos fueron Fabio Máximo y Claudio Marcelo, igualmente admirados por sus temperamentos bastante opuestos. [2] Éste, como ha quedado dicho en lo que se ha escrito sobre él,⁴⁹ actuaba de forma lucida y arrogante. Su brazo era ejecutivo y tenía un natural parecido a aquellos que Homero llama «belicosos» y «altivos». Entabló los primeros combates con un modo arriesgado y vigoroso de hacer la guerra que sirviera para atreverse contra un hombre atrevido como era Aníbal. [3] Fabio, por su parte, esperaba que Aníbal, sin nadie que lo combatiera ni lo acosara, se perjudicase a sí mismo y se agotara para la guerra, como cuando la fuerza del cuerpo de un atleta se extralimita y se cansa, perdiendo rápidamente el vigor. Por eso, Posidonio dice que los romanos llamaron a éste «el escudo» y a Marcelo, «la espada» y que los romanos obtuvieron la mezcla de la firmeza y la seguridad de Fabio con el carácter de Marcelo. [4] Aníbal, al enfrentarse frecuentemente con éste como con

⁴⁹ Marcelo es protagonista de otra *Vida paralela* de Plutarco en unión de Pelópidas.

un río que fluía con fuerza, trastornaba y quebraba sus tropas; mientras, también era minado y consumido imperceptiblemente por aquél, que fluía ligeramente, sin ruido y que se escurría obstinadamente. Al final, se encontró en un callejón sin salida tal, que quedaba extenuado si luchaba contra Marcelo y temía a Fabio porque no luchaba. [5] La mayor parte del tiempo, por así decir, peleó contra éstos en sus cargos como legados, procónsules o cónsules, porque cada uno de ellos fueron cónsules cinco veces. No obstante, tras prepararle una celada a Marcelo durante su quinto consulado, lo mató. A Fabio, aunque procurase engañarle y someterlo a toda clase de pruebas, nada consiguió, excepto en una ocasión en que casi lo echa a perder después de tramar un engaño. [6] Urdió unas cartas remitidas por los mandatarios y por los más poderosos hombres de Metaponto y las envió a Fabio, diciendo que la ciudad se le entregaría si se presentase, y que lo que los autores estaban esperando era que llegase y que apareciese por allí cerca. Estas cartas hicieron moverse a Fabio, quien, tomando una parte de su ejército, pensaba salir por la noche. Luego, a causa de unos augurios no favorables en unas aves, desistió. En un breve plazo, se supo que las cartas dirigidas a él habían sido urdidas por Aníbal dolosamente y que le estaba esperando emboscado en la ciudad. Estos acontecimientos podríamos interpretarlos como efecto de la buena disposición de los dioses.

[1] Las defecciones de las ciudades y las disensiones de los aliados Fabio creía que debían contenerse y doblegarse tratándolos calmada y suavemente, sin mostrar ninguna clase de sospecha ni enojarse con todos los sospechosos. Se cuenta que, al enterarse de que un soldado marso, el primero de los aliados por su valentía y su linaje, había hablado con algunos hombres del ejército sobre la defección, no se irritó, [2] sino que reconoció que había sido desatendido indignamente, y le dijo que en esos momentos los jefes eran los responsables por distribuir los honores más en función del favor que del valor, pero que en adelante sería él responsable si no iba a su encuentro y le contaba lo que necesitaba. Tras decir eso, le obsequió con un caballo de combate y le condecoró con otras distinciones, de tal forma que el hombre, a raíz de aquello, fue el más leal y el más dispuesto. [3] Creía Fabio terrible que, mientras los entrenadores de caballos y perros de caza anulaban la indocilidad de los animales, su carácter agresivo y hostil con los cuidados, la cercanía y el alimento más que con látigos y collares, el que manda sobre hombres no empleara la amabilidad y la cordialidad en el grueso del entrenamiento, comportándose de forma más dura y violenta de lo que hacen los campesinos con las variedades silvestres de las higueras y los perales y con los acebuches, domesticándolos y preparándolos para que den aceitunas, peras e higos. [4] Una vez, los centuriones dieron parte a Fabio de un hombre de origen lucano que se alejaba del campamento y

abandonaba muchas veces su puesto. Él les preguntó, entre otras cosas, qué información tenían sobre el tipo de hombre que era. Todos dieron testimonio de que no se hallaría fácilmente otro hombre igual añadiendo algunas hazañas famosas y hechos suyos. Investigando la razón de su indisciplina, encontró que, poseído por la pasión amorosa hacia una joven, el hombre se arriesgaba y cubría cada vez largas distancias desde el campamento para ir junto a ella. [5] Mandó, pues, a unos hombres para que apresaran a la mujer sin que el soldado lo supiese, y la escondió en su propia tienda. Luego, hizo llamar en privado junto a sí al lucano y le dijo: «No se nos oculta que, contra las leyes patrias de los romanos, estás pasando muchas noches fuera del campamento, pero tampoco se nos oculta que en anteriores ocasiones fuiste un buen soldado. Quedan, por tanto, borradas tus faltas en razón de tus muestras de valentía, pero en adelante [6] encomendaré a otro tu guardia». Ante el asombro del soldado, sacó a la mujer y se la entregó, diciendo: «Esta es la garantía de que permanecerás en el campamento con nosotros. Por tu parte, demostrarás con hechos si no nos estabas abandonando por algún otro vicio y si el amor y ésta no eran sino la excusa que estabas alegando». Esta es la historia que se cuenta sobre esos acontecimientos.

XXI

[1] Fabio se apoderó de la ciudad de los tarentinos, que había sido tomada gracias a una traición, del siguiente modo. Un joven tarentino formaba parte de su ejército y tenía una hermana que le era tremendamente leal y que le tenía gran cariño. Un brucio de los que integraban las líneas de Aníbal guardaba la ciudad como gobernador. Este hecho le creó expectativas de acción al tarentino. Con la anuencia de Fabio, que lo despachó a la ciudad, aparentó desertar a Tarento para ir junto a su hermana. [2] En los primeros días, el brucio permaneció en su casa; por eso, la joven pensó que su amor le estaba pasando inadvertido al hermano. Luego, el joven le dijo a ella: «Corría ampliamente el rumor en mi campamento de que tú tienes relaciones con un hombre poderoso e importante. ¿Quién es? Porque, si es alguien de virtud ilustre, como dicen, y esclarecido, la guerra, que todo lo mezcla, muy poco se ocupa del linaje y nada es vergonzoso ante la necesidad; pero es una suerte que, en un tiempo en que la justicia es débil, nos relacionemos amablemente con quien ostenta el poder». [3] A raíz de esto, la mujer hizo llamar al brucio y le dio a conocer a su hermano. Enseguida, éste alentó su deseo y pareció que hacía que su hermana se mostrase mejor dispuesta y más accesible al bárbaro que antes, y se ganó su confianza, de modo que no resultó difícil que un mercenario enamorado cambiase de opinión ante la esperanza de los grandes beneficios que, el hermano le comunicó, Fabio le iba a proporcionar. [4] En suma, esto es lo que tienen escrito la mayoría de los autores sobre esos hechos. Algunos dicen que la mujer que hizo cambiar de bando al

brucio, no era de origen tarentino, sino brucio, y que fue amante de Fabio. Cuando supo que el gobernador de la ciudad era una persona conocida entre los brucios, se lo contó a Fabio, mantuvo conversaciones con aquel hombre bajo la muralla, lo convenció y se lo ganó.

XXII

[1] Mientras estas cosas tenían lugar, Fabio ideó un plan para sacar a Aníbal de la región. Mandó a los soldados que estaban en Regio que asolasen Brucio y que tomasen al asalto Caulonia. Constaba este ejército de ochocientos hombres, desertores la mayoría y los más inútiles de los proscritos enviados por Marcelo desde Sicilia y que, si perecían, lo serían sin ninguna pena ni perjuicio para Roma.

[2] Esperaba Fabio que, lanzándolos contra Aníbal como cebo, lo apartaran de Tarento. Y eso fue lo que ocurrió, porque enseguida Aníbal corrió en su persecución con las tropas. Al quinto día desde que Fabio pusiera sitio a los tarentinos, el joven que había mantenido conversaciones con el brucio en compañía de su hermana, llegó de noche ante él. Había inspeccionado y sabía con exactitud el lugar en el que el brucio estaría vigilante para entregar y pasarle la ciudad a los asaltantes. [3] Con todo, Fabio no hizo depender simplemente de la traición el hecho. Se presentó en el lugar y se estuvo quieto. El resto del ejército asaltaba los muros por tierra y mar entre grandes gritos y alboroto, hasta que,

mientras la mayoría de los tarentinos ayudaba y colaboraba con los defensores, el brucio señaló a Fabio el momento oportuno y, tras subir por una escala, se apoderó de la ciudad. [4] No obstante, en aquel momento parece que Fabio fue vencido por su ambición. Ordenó, en primer lugar, degollar a los brucios para que no diera la impresión de que había ocupado la ciudad mediante una traición. Con esta decisión se equivocó, y se ganó la afrenta de ser acusado de deslealtad y crueldad. La mayor parte de los tarentinos murió, treinta mil de ellos fueron vendidos como esclavos, el ejército saqueó la ciudad y se aportó al fisco la cantidad de tres mil talentos. [5] Se cuenta que el secretario, mientras todo el resto del botín era llevado y transportado, le preguntó a Fabio qué ordenaba sobre los dioses en referencia a las pinturas y a las esculturas. Fabio le dijo: «Dejemos que los dioses se queden enfadados con los tarentinos». [6] No sólo transportó y colocó en el Capitolio la estatua colosal de Heracles, también cerca situó una escultura ecuestre de bronce de él mismo, con lo que se mostró mucho más excéntrico que Marcelo, dejando claro que éste era, en muy mayor grado, una persona extraordinaria por su sencillez y humanidad, como he escrito en la biografía sobre Marcelo.

XXIII

[1] Se cuenta que Aníbal, en su persecución, distaba sólo cuarenta estadios y que dijo claramente: «Es cierto que hay otro Aníbal entre los romanos. Perdimos la ciudad de Tarento igual que la ganamos». También entonces dijo por primera vez en privado y en presencia de amigos que, si bien había visto antes que era difícil someter Italia con los recursos existentes, ahora era imposible. [2] Fabio celebró un segundo triunfo más brillante que el primero. Era como un luchador que combatiera contra Aníbal y que fácilmente se soltara de sus maniobras, como si sus llaves y presas ya no tuvieran la misma fuerza porque una parte de su ejército se hubiera relajado por la molicie y la riqueza, y la otra se hubiera debilitado y agotado por los incesantes combates. [3] Marco Libio era el comandante de la plaza de Tarento cuando Aníbal la ganó para la defección; sin embargo, había estado ocupando su ciudadela sin ser expulsado y la conservó hasta que los tarentinos volvieron a estar bajo el dominio romano. Fabio le caía mal por los honores que recibía y, en una ocasión, arrastrado por la envidia y la ambición ante el Senado, dijo que no fue Fabio, sino él quien era el responsable de que la ciudad de Tarento hubiera sido tomada. Entonces, Fabio, riendo, le respondió: «Es cierto, porque si tú no la hubieras perdido, yo no la hubiera recuperado».

XXIV

[1] Entre otros honores, los romanos se comportaron generosamente con Fabio nombrando cónsul a su hijo. Cuando hubo asumido el cargo y mientras gestionaba ciertos preparativos para la guerra, su padre, ya fuera por la vejez, ya por debilidad, ya por poner a prueba a su hijo, montó a caballo y se le aproximó en medio de la concurrencia y de los presentes. El joven, cuando lo vio de lejos, no pudo soportarlo y despachó a un lictor para que ordenara desmontar a su padre y que viniera a pie, si es que necesitaba alguna cosa de su cargo. [2] La orden cayó mal entre la demás gente y miraron en silencio a Fabio como si estuviera sufriendo un tratamiento indigno de su reputación, pero él mismo, saltando rápidamente del caballo, se apresuró con paso vivo en dirección a su hijo, lo abrazó, lo besó y le dijo: «Hijo, estás pensando y obrando sensatamente, y eres consciente de aquéllos a los que mandas y de la enorme importancia del cargo que has asumido. Así nosotros y nuestros antepasados hicimos grande a Roma, poniendo siempre a padres e hijos en segundo lugar detrás del bien de la patria». [3] Se cuenta que, en verdad, el bisabuelo de Fabio logró grandísima gloria y poder entre los romanos. Fue cónsul cinco veces y participó en muy renombrados triunfos por importantísimas guerras. Acompañó en la guerra a su hijo mientras ésta era cónsul, y durante la celebración del triunfo el hijo conducía la cuadriga y el padre lo seguía a caballo con el resto del séquito, orgulloso de ser dueño de su hijo y de que, si bien era y se le decía el más importante de los ciudadanos, se situaba a sí mismo detrás de la ley y del que ostentaba el cargo.

Pero aquél no sólo era admirable por esos hechos. [4] Sucedió que el hijo de Fabio murió, y soportó la desgracia muy contenidamente como hombre templado y como buen padre. Su elogio, con el que los parientes cumplen en el cortejo fúnebre de personajes ilustres, lo pronunció en la tribuna del foro. Luego, puso por escrito el discurso y lo publicó.

XXV

[1] Cornelio Escipión fue enviado a Iberia, expulsó a los cartagineses, venció en muchas batallas y procuró a los romanos muchas naciones, grandes ciudades y brillantes hechos de armas; por ello, obtuvo su favor y ganó tanta gloria cuanta ningún otro había ganado. Cuando fue nombrado cónsul, se dio cuenta de que el pueblo le pedía y esperaba de él una gran hazaña. [2] Consideraba que era muy anticuado y propio de ancianos el combatir en Italia a Aníbal y planeó asolar inmediatamente la misma Cartago y Libia, llenándola de armas y de ejércitos, y trasladar allí la guerra desde Italia. Para ello, instigaba al pueblo con todo su ímpetu. Entonces, Fabio condujo al pueblo a toda clase de temores en la idea de que era arrastrado por un hombre joven e insensato hacia un riesgo inmenso y definitivo. [3] Sin escatimar palabra ni obra tendentes a disuadir a los ciudadanos, convenció al Senado; pero el pueblo creía que atacaba a Escipión por envidia y que temía que, si éste llevaba a cabo una gran y brillante hazaña, o

acababa definitivamente con la guerra, o la sacaba fuera de Italia, él hubiera parecido negligente o cobarde por no haber terminado la guerra en tanto tiempo.

[4] Es verosímil que, en un principio, Fabio se lanzara a la oposición por su carácter flemático y prudente, y por temer que el peligro fuera grande; pero, de alguna manera, se llenó de inquietud y se dejó arrastrar más lejos por la ambición y la rivalidad con objeto de impedir el engrandecimiento de Escipión. Convenció a Craso, el colega de Escipión en el consulado, de que no consintiera en la campaña ni cediera, y que pasara él mismo, si lo creía oportuno, a combatir a los cartagineses. Tampoco permitió Fabio que se dotara el presupuesto para la guerra. [5] Así pues, Escipión, obligado a procurarse el dinero por sí mismo, lo recaudó en las ciudades de Etruria, que le eran favorables a su propia persona y que le estaban agradecidas. En cuanto a Craso, lo retuvieron en casa tanto su naturaleza, que no era belicosa, sino apacible, como la ley de los dioses, dado que era Pontífice Máximo.

XXVI

[1] Insistía por otras vías Fabio en hacer frente a Escipión impidiendo y reteniendo a los jóvenes que iban a acompañarlo en su expedición militar. Gritaba en las reuniones del Senado y en las asambleas que no sólo el mismo Escipión pretendía huir de Aníbal, sino que también pretendía navegar llevándose el resto

de las tropas de Italia recurriendo a la demagogia con la esperanza de los jóvenes y persuadiéndolos de que abandonasen a sus padres, a sus mujeres y a su ciudad, a cuyas puertas estaba el enemigo victorioso e invencible. Y, efectivamente, con este discurso tenía atemorizados a los romanos. [2] Se votó que Escipión emplease solamente las tropas que se hallaban en Sicilia y que llevase consigo a los trescientos hombres con los que contaba en Iberia y que le eran leales. Estas decisiones políticas parecía ser que Fabio las había promovido en consonancia con su propio natural. Pero, una vez hubo pasado Escipión a Libia, inmediatamente se recibieron noticias en Roma de acciones admirables y magníficas hazañas por su importancia y brillantez, y les siguió un abundante botín que daba testimonio de los informes, [3] incluido el rey de los númidas cautivo. Se daba cuenta del incendio y destrucción de dos campamentos de una sola vez en los que se quemaron muchos hombres, armas y caballos, y de que los cartagineses estaban enviando emisarios a Aníbal reclamándole y pidiéndole que renunciase a aquellas expectativas incumplidas y que volviese en auxilio de su patria. [4] Mientras en Roma todo el mundo tenía en la boca a Escipión por sus hazañas, Fabio creía conveniente enviar un sustituto de Escipión, sin tener más excusa que la sentencia que dice que es arriesgado confiar a la suerte de un solo hombre tan importantes asuntos, porque es difícil que siempre tenga suerte una misma persona. De este modo, ofendió a la mayoría de la gente, y se pensó que era un hombre malhumorado y desabrido o que con la vejez se había vuelto

cobarde y desesperanzado y que temía más allá de lo prudente a Aníbal. [5] Ni siquiera cuando éste zarpó de Italia con sus tropas, dejó que la alegría y la confianza de los ciudadanos permanecieran firmes y sin perturbaciones. Iba diciendo entonces que los intereses de la ciudad, que corría hacia un peligro irreversible, estaban en riesgo porque Aníbal en Libia, delante de Cartago, caería sobre ellos y se enfrentaría a Escipión con un ejército aún caliente con la sangre de muchos legados, dictadores y cónsules. Así, volvía a perturbar la ciudad con esas palabras y, aunque la guerra se había trasladado a Libia, se creía que el miedo estaba más cerca de Roma.

XXVII

[1] Sin embargo, Escipión, en no mucho tiempo, venció totalmente en una batalla al propio Aníbal y, tras humillar su orgullo y pisotear una Cartago derribada, devolvió a los ciudadanos una alegría más grande que cualquier esperanza y volvió a enderear su poderío, que «había sido sacudido por un gran oleaje». Pero Fabio Máximo no vivió para llegar a ver el fin de la guerra, ni oyó decir que Aníbal había sido derrotado, ni contempló el gran y seguro éxito de la patria, sino que, coincidiendo con el momento en que Aníbal salía de Italia, cayó enfermo y murió. [2] A Epaminondas los tebanos lo enterraron con cargo al erario público por la pobreza que dejó el hombre. Se cuenta que, tras su muerte, no hallaron en

su casa nada salvo una pequeña moneda de hierro. Los romanos no celebraron los funerales de Fabio con cargo al erario, pero en privado, cada uno aportó la más pequeña de sus monedas, no por auxiliarlo a causa de su pobreza, sino por enterrarlo como padre del pueblo. Su muerte tuvo el honor y la gloria acorde con su vida.

COMPARACIÓN DE PERICLES Y FABIO MÁXIMO

I

[1] Éste es, pues, el relato de las vidas de esos hombres. Dado que ambos han dejado muchas y hermosas muestras de su excelencia política y militar, tomemos en primer lugar el aspecto militar. Pericles, al servirse de un pueblo que era, por sí mismo, el mejor, el más importante y que estaba en la cima de su poderío, podría parecer que se ganó su seguridad y su infalibilidad al abrigo de la prosperidad general y del vigor del Estado; [2] en cambio, Fabio recibió la ciudad en las más humillantes e infortunadas circunstancias, y no la conservó segura con sus bienes, sino que cambió su situación de mala a mejor. A Pericles los éxitos de Cimón, los triunfos de Mirónides y Leócrates, y Tólmides con sus muchas e importantes hazañas le permitieron, durante su cargo de estratega, llenar la ciudad de fiestas y celebraciones más que protegerla y aumentar sus posesiones con la guerra. [3] Fabio, por su parte, vio muchas huidas y derrotas, muchas muertes y matanzas de generales y legados; lagos, llanuras y bosques llenos de cadáveres de soldados, y ríos fluyendo con sangre y víctimas hasta el mar. Se hizo cargo de la ciudad y la sostuvo con su propio coraje y presencia, y no dejó que desapareciese completamente arrastrada por los embates de aquéllas

desgracias. [4] Con todo, pudiera parecer que no es tan difícil manejar una ciudad en medio de las desgracias, porque se vuelve forzosamente humilde y sumisa al hombre que es sensato, como lo es ponerles freno a la soberbia y la osadía de un pueblo excitado e hinchado por la bonanza, lo que parece que fue el proceder de Pericles en su control sobre los atenienses. Por otro lado, la magnitud y abundancia de los males que cayeron sobre los romanos por aquel tiempo mostraron a un gran hombre de firmes criterios que no se dejó confundir ni renunció a sus propios planes.

II

[1] A la toma de Samos por Pericles puede oponérsele la captura de Tarento y, bien ciertamente, a la de Eubea, las de las ciudades de Campania, ya que la propia Capua la tomaron los cónsules Fulvio y Apio. Fabio no parece haber vencido en ninguna batalla formal, excepto aquella con la que obtuvo su primer triunfo; sin embargo, Pericles erigió nueve trofeos frente a sus enemigos por tierra y por mar.

[2] Ahora bien, no se cuenta similar relato sobre Pericles cuando Fabio liberó a Minucio de Aníbal y salvó entero a un ejército romano, obra genial y a la par valiente, inteligente y generosa. Del mismo modo, por otro lado, no se cuenta ningún error por parte de Pericles como el que cometió Fabio, derrotado por la estrategama de Aníbal con las vacas, cuando, tras haber atrapado al enemigo, que

se había metido por su cuenta y fortuitamente en las angosturas, lo dejó escapar de noche a escondidas y de día por la fuerza, dejó que se adelantara en su acción y que prevaleciera [3] sobre el que lo había atrapado. Y si el buen general debe no sólo servirse de las circunstancias presentes, sino también juzgar correctamente el futuro, la guerra terminó para los atenienses como previó y predijo Pericles, porque perdieron su fuerza por abarcar mucho; mientras que los romanos, a pesar del parecer de Fabio, enviaron contra los cartagineses a Escipión y los vencieron por completo. La victoria absoluta sobre los enemigos no fue por azar, sino por la sabiduría del general y por su valentía. [4] De tal modo que para Pericles los fracasos de la patria fueron muestra de que había acertado, y con Fabio los éxitos probaron que había errado completamente. Igual error de general es incurrir en un mal por no esperarlo, como dejar escapar una ocasión de triunfo por desconfianza. El mismo desconocimiento, al parecer, engendra el valor y quita el coraje. Esto en lo relativo a los asuntos de la guerra.

III

[1] La gran acusación contra Pericles fue la guerra, porque se cuenta que fue traída por él con su oposición a hacer concesiones a los lacedemonios; sin embargo, creo que Fabio Máximo tampoco hubiera cedido ante los cartagineses, sino que habría aceptado dignamente el riesgo por la supremacía. Es cierto que

la ecuanimidad y la gentileza de Fabio con Minucio resalta el carácter faccioso de Pericles contra Cimón y Tucídides, personas nobles y aristócratas que fueron enviados al exilio y al ostracismo por aquél. [2] Pero la fuerza y el poder eran mayores en el caso de Pericles; por ello, no permitió que ningún otro general, con sus malas decisiones, hiciera caer en desgracia la ciudad. Solamente, Tólmides, haciéndole caso omiso y de forma impulsiva sufrió un violento desastre a manos de los beocios. Todos los demás se sumaron y se adaptaron a su criterio a causa de la enormidad de su poder. [3] En lo que toca a Fabio, en su búsqueda de la seguridad y la infalibilidad, era evidentemente inferior por su incapacidad para retener a otros. Los romanos no hubieran experimentado tantas desgracias si Fabio hubiera tenido tanto poder entre ellos como Pericles en Atenas. En cuanto a la liberalidad de sus almas con el dinero, el uno la demostró al no tomar nada de los que se lo ofrecían y el otro, al darlo en abundancia a los necesitados cuando liberó con su propio dinero a los cautivos, [4] si bien es cierto que en este caso no era grande la suma, sino unos seis talentos; pero nadie podría afirmar de Pericles que, habiendo podido sacar gran provecho y solicitud de aliados y de reyes dado su poder, no se hubiera mantenido insobornable e incorruptible. [5] Con la magnitud de las obras y de los templos, y con la construcción de edificios, con los que adornó Pericles Atenas, no son dignos de compararse todos los actos de ostentación de la Roma previa a los Césares. Siendo extraordinarios e

incomparables respecto a éstos, la grandeza de su ejecución y su magnificencia les hacen ganar el primer puesto.